

## UN ESTUDIO ANONIMO SOBRE EL GAUCHO CONTEMPORANEO A JOSE HERNANDEZ PUBLICADO EN 1877

### I

Son escasos en la segunda mitad del siglo pasado, especialmente en sus primeros veinticinco años, los estudios y testimonios de argentinos sobre la vida de los pobladores bonaerenses. Recién en los últimos dos decenios de la centuria y debido posiblemente a la paulatina desaparición de las costumbres tradicionales —es la época del aluvión inmigratorio, de la conquista del desierto y del incremento de la producción agrícola con nuevos métodos de trabajo— aparecen algunos artículos y libros que registren las costumbres, coplas, romances, tradiciones, vocabulario y otros aspectos de la sociedad pastoril rioplatense. Paralelamente se despertaba en los estudiosos argentinos el interés por las culturas folk de otras regiones del país, empleando los métodos de científicos europeos (1).

(1) Entre los primeros trabajos folklóricos realizados en el país podemos mencionar los artículos que publicara, entre 1883 y 1885, en *La Nación*, don Samuel Lafone Quevedo, reunidos luego en su libro *Londres y Catamarca* (Buenos Aires, 1888). No debemos olvidar los estudios realizados posteriormente por Juan B. Ambrosetti, Daniel Granada, Adán Quiroga y otros. Cfr.: JUAN ALFONSO CARRIZO, *Historia del folklore argentino*, Ministerio de Educación, Instituto Nacional de la Tradición, Buenos Aires 1953; AUGUSTO RAÚL CORTAZAR, *Guía bibliográfica del folklore argentino*, Instituto de literatura argentina, Sección de bibliografía, Buenos Aires 1942, tomo 1, núm. 1. *Ibidem*, *Qué es el folklore*, Colección Lajouane de folklore argentino, Buenos Aires 1954; *Ibidem*, *Panorama de los estudios folklóricos en la Argentina*, publicado en *Verbum*, revista del Centro de estudiantes de filosofía y letras, nueva época, número 1º, págs. 77-82, Buenos Aires, noviembre de 1941.

En ciertos casos aquellas primeras manifestaciones no pasaban de ser apuntes sobre la vida de los pobladores rurales de treinta o cuarenta años atrás.

Sin duda alguna podemos afirmar que los habitantes de un país que transformaba rápidamente su fisonomía sentían nostalgia por un sistema de vida que no hacía aún muchos años habían tenido oportunidad de compartir. Todavía en el decenio de 1870 a 1880 quedaban en los campos sureños numerosos testimonios vivos de los gauchos bonaerenses y de sus costumbres. En lo social, la justicia, como en el siglo XVIII, perseguía a los peones de campo que no tenían trabajo o preferían la vida libre y despreocupada. Levas, fortines y cepos de comandantes de campaña, eran un espectáculo común en la provincia de Buenos Aires. Recordemos que es en aquella década cuando aparece en letras de molde el mejor testimonio artístico y documental sobre el hombre de la llanura: en 1872 José Hernández publica su poema épico — como lo denominara posteriormente Leopoldo Lugones—, alegato social sobre problemas reales, que desde el siglo XVII existían en los campos rioplatenses.

Interesados en reunir todos los testimonios posibles sobre el gaucho, realizamos una prolija investigación en el periodismo porteño del siglo pasado, fichando artículos, noticias de interés para el conocimiento del folklore y de la sociedad de la época, poesías de carácter popular y otros elementos que sirvieran para el estudio del medio y del hombre, encontrándonos así con un interesantísimo repertorio que reflejaba múltiples aspectos de la cultura material y espiritual de los pobladores de la denominada “civilización del cuero”. El trabajo que damos a conocer en esta oportunidad es el más importante de los artículos que llegan a publicarse en el periodismo en el período de tiempo señalado anteriormente. Escrito cinco años más tarde de la aparición del poema *Martín Fierro*, refleja en sus páginas las desdichas, alegrías, vocabulario, juegos y costumbres del gaucho que conociera José Hernández.

Crítica el anónimo autor del relato el hecho de idealizar ciertos escritores de su época la figura del gaucho. Recuerda y cita especialmente el caso de José Manuel Estrada que toma su figura “como un paisaje”, sin penetrar a analizar los detalles, diferenciándose, en cambio, de José Hernández que “se acerca más a la verdad —como escribe—, porque se ha colocado más cerca del fogón”. Por esa razón, afirma, no puede estudiarse al gaucho desde la ciudad, siendo indispensable compartir con él su “rancho y caballo”. Propugna, en pocas palabras y sin decirlo directamente, el estudio en el campo mismo de los hechos, pues de no ser así lo único que podría escribirse serían frases galanas, inspiradas por la fantasía.

La serie de artículos sobre el gaucho, publicados en *El Correo de los Niños* en el último mes de diciembre de 1877 y en los dos primeros de 1878, son debidos sin lugar a ninguna duda a la pluma de un buen conocedor del campo argentino y es uno de los más valiosos testimonios de la época sobre el tema. Su autor, que se esconde bajo el seudónimo de un nombre femenino —Eulalia—, conoce en sus detalles mínimos todas las expresiones de la vida diaria de los pobladores rurales de Buenos Aires.

El vocabulario empleado en los diálogos, como el utilizado en las descripciones, es de una riqueza no igualada en otros escritos de la época. Dividido en siete capítulos, el último, debido a los detalles sobre una carrera de caballos —realizada entre el oscuro golondrina y el mano mora, en una pulpería del Arroyo Chico—, es el más interesante y curioso de todos.

El capítulo dedicado a estudiar la figura de Santos Vega presenta nuevos materiales de carácter folklórico sobre la popular leyenda rioplatense estudiada en 1917 por Robert Lehmann-Nitsche (2). Escríbese que “sostiene la tradición” que

---

(2) ROBERT LEHMANN-NITSCHÉ, *Santos Vega*, Edición especial del tomo XXII del Boletín de la Academia Nacional de Ciencias de Córdoba, Buenos Aires, Imprenta de Coni Hermanos, 1917.

durante tres días con sus noches payó con el diablo, representado por la figura de un negro. Vencido por las preguntas a lo divino "se oyó como a modo de cañonazo" una fuerte explosión "y el rancho quedó con insoportable olor a azufre, por lo que todos se convencieron que el *mesmo* diablo cojo, había sido vencido por el ya desde entonces inmortal Santos Vega". La leyenda se identifica en esta ocasión con un moreno que escondía en sí al demonio, sin incluirse las otras variantes conocidas actualmente.

Los bailes populares, la alimentación, los trabajos rurales y las coplas están también presentes en el contenido de los artículos, que guardan en su totalidad, a pesar que parecieran estar truncos, cierta unidad temática. La versión que publicamos ha sido modernizada en su ortografía, que presenta en la edición de 1877 dificultades para su lectura. Hemos conservado las bastardillas empleadas por el autor en ciertas palabras del vocabulario gauchesco, sin colocárselas a otras donde también debieran ir, guardando así la máxima fidelidad posible en la transcripción del texto. Al mismo tiempo anotamos algunas palabras del lenguaje empleado, sin pretender, en ningún caso, realizar trabajo de erudición.

## II

El periódico *El Correo de los Niños*, se publicaba en Buenos Aires los lunes, miércoles y viernes con la siguiente leyenda debajo de su título: "Fundado por varias niñas". Ja administración se encontraba en la calle Defensa número 781, en el segundo patio. Advertíase en la primera página el carácter satírico y la intención que los movía, con el siguiente anuncio: "Contiene a los deslenguados; persigue a los pillos y ridiculiza a los tipos, protege la literatura, las ciencias, artes e industrias".

El interesante estudio que con el título *El Gaucho*, analiza las costumbres de la campaña bonaerense aparece en los

números 107, 116, 118, 122, 123, 127, 129, 132, 133, 134, 135, 136 y 138 de diciembre de 1877, enero y febrero de 1878.

La colección consultada de *El Correo de los Niños* pertenece a la Biblioteca Nacional de Buenos Aires (número 195.357) y se inicia el 22 de octubre de 1876, finalizando en el número 192 del 30 de julio de 1878. A partir del número 169, del 9 de mayo de 1878, figura como editor responsable don Miguel Macías. En aquel número se advierte que la policía había secuestrado varios ejemplares del periódico y detenido durante cuatro días a sus vendedores, aclarándose también que habíase obligado a colocar el nombre de un editor responsable.

*El Correo de los Niños* aparecía en Buenos Aires al mismo tiempo que otro periódico titulado *Correo de las Niñas* impreso donde colaboraba el folclorista y pintor Ventura Lynch (3). La publicación de Miguel Macías critica agudamente a los redactores del segundo, señalándole en cierta oportunidad:

“Si no quieren comer paste o dejarse trasquilarse, no lo hagan; pero váyanse a paecer tranquilamente, que, de esa manera, desempeñarán mejor el papel social que les corresponde, porque, si quedan entre la gente, se exponen a encontrar la horma de su zapato (si es que se han caizado alguna vez) o a tragarse el papel inmundo en que escriben sus sandeces.”

Al leer por primera vez el estudio sobre *El Gaucho* creímos podríamos tratarse de un artículo del folclorista Ventura

---

(3) El autor mencionado, en su obra *La provincia de Buenos Aires hasta la definición de la cuestión Capital de la República* (Buenos Aires, 1883), afirma haber colaborado en el *Correo de las Niñas*, con el seudónimo de Mosquetón.

Aclara que durante más de doce años ha estado a cargo de la redacción y las caricaturas de la publicación citada. Sobre Ventura Lynch puede consultarse el prólogo de Augusto Raúl Cortazar, publicado en la edición del libro citado anteriormente y dado a conocer con el título de *Folklore bonaerense* (Colección Lajouane de folklore bonaerense, Buenos Aires 1953).

Lynch, conocedor de las costumbres de la campaña bonaerense y autor de un trabajo similar —en algunos aspectos— al que damos a conocer. Pero de ninguna manera podía colaborar en *El Correo de los Niños*, tratándose de un periódico opositor al suyo.

*El Correo de los Niños* presenta un material interesantísimo para el estudio de las costumbres y de la sociedad porteña en la segunda mitad del siglo pasado. Las noticias literarias que se dan a conocer en sus columnas nos hablan de los escritores que entretenían con sus producciones a los lectores de la gran aldea. En el número dos, por ejemplo, se menciona al poeta entrerriano Gervasio Méndez con motivo de la aparición de su primer libro de poemas. Escriben sobre él las siguientes palabras:

“Saludamos, pues, con placer el hermoso libro del distinguido joven Gervasio Méndez, creyendo que él es precursor del renacimiento de la poesía argentina, y que la tregua que hemos tenido no ha sido sino una tregua feliz, porque ha permitido que los ruiséñores se nutran en la espesura de las selvas para deleitarnos de nuevo con sus trinos.”

No podía faltar tampoco la mención de Héctor Varela, el popular y apasionado orador, personaje que era utilizado siempre en las sátiras políticas, a quien llaman “señor conde don Héctor Orador Bombo”, diciéndole:

“Cuando tocabas el *pito* y el *tambor* convidando al pueblo a la gloriosa lucha, os creían; pero, cuando tocáis el *bombo* llamando a la muchedumbre alrededor de vuestro carro, os huyen”.

Las noticias sociales y los chismes del pequeño mundo porteño aparecen número tras número: noviazgos, casamientos, sátiras por la forma de vestir, crítica a los políticos, a los músicos, a los “vividores” de la época, etc., son la comidilla diaria de sus columnas.



GAUCHO A CABALLO

Pintado por O. Grashof, Litografía de Kratzenstein

Las personas mencionadas aparecen siempre bajo la denominación de un seudónimo que caracterizara alguna de sus peculiaridades —ocupación, aspecto físico, defectos—, hecho que facilitaba la individualización.

Una de las secciones más interesantes es la denominada “Sección Callejera” donde se retrataban situaciones, hechos, personajes y cosas que ocurrían en las calles más populares de la ciudad. Allí puede leerse, por ejemplo:

“Un perro negro que estorba el tránsito a los concurrentes de la calle de la Florida y que debe pertenecer a algunos de los admiradores de las vidrieras del Señor Burgos, ha mordido en una mano a uno de los empleados de la comisaría de guerra. Prevenimos a los administradores de albóndigas que el referido perro suele estar aullando en *le pont d’soupirs* [sic].

Desfilan en *El Correo de los Niños* los bailes, fiestas, funciones teatrales, duelos y otros sucesos que interesaban a los lectores. La tradicional calle Florida es uno de los principales escenarios de la “Sección callejera”, con sus clásicos visitantes: políticos, *dandys*, damas de la sociedad, comerciantes, vividores y otros especímenes de la ciudad que iniciaba su camino hacia el cosmopolitismo. Menciónase también, entre otras, las siguientes calles, al parecer, las más populares: Tacuarí, Victoria y Cangallo.

Los robos en los tranways, realizados por hábiles cartelistas, eran un hecho común en aquellos años, de acuerdo a las numerosas noticias policiales —en serio o satíricas— que hallamos en sus páginas. El lenguaje popular y el lunfardo de los compadres orilleros se utiliza con mucha frecuencia en las diferentes secciones de este curioso impreso. Aparecen en aquel tiempo numerosos términos introducidos por el aluvión inmigratorio que comenzaba a imponer sus costumbres en la sociedad rural rioplatense y especialmente en la ciudad porteña. Las costumbres picarescas del pequeño mundo de la



aldea porteña están reflejadas en picantes sueltos, nada recomendables, por cierto, a niña alguna... En sus páginas se nos informa sobre fiestas, funciones teatrales y bailes de todas las categorías que se realizaban en teatros, especialmente habilitados durante ciertos días del año —preferentemente para carnaval— y acondicionados a tal efecto. Hallamos avisos de los siguientes teatros de Buenos Aires: Variedades, San Martín, de la Alegría, Circo de Arena —situado en la esquina de Corrientes y Paraná, con jardines, palcos cerrados, gran orquesta y restaurante— y de otros de menos importancia.

Durante los días de carnaval las crónicas mencionan los carruajes adornados y “cubiertos de flores y encajes, llevando encantadoras jóvenes y amables matronas”, que cruzaban por calles adornadas con enormes y relucientes arcos de luces, banderas, gallardetes y flores. El carnaval de 1878 mereció un abundante comentario en las columnas de *El Correo de los Niños*. Las comparsas con su música y canciones alegraban las tardes y las noches de carnaval —“Los discípulos de un maestro loco” y “Los chichones” eran dos de las más importantes de aquel año—, ocupándose de ellas los diarios, revistas y periódicos. Varios meses antes de celebrarse el carnaval publicaban las sociedades musicales avisos, invitando a sus componentes a reunirse con el fin de preparar y ensayar las diferentes piezas que iban a ejecutar.

El material que presenta en sus páginas nos refiere, en general, la *petite histoire* de la *gran aldea* donde lidiaban por aquel entonces, entre otros, políticos de la talla de Roca, Sarmiento, Avellaneda, Mitre y Alsina. En ellas se da cabida al curioso estudio sobre *El Gaucho*, uno de los documentos más importantes de la segunda mitad del siglo pasado para el conocimiento y el estudio de las costumbres rurales bonaerenses.

## EL GAUCHO

[Textos de los artículos publicados en *El Correo de los Niños*]

El gaucho se va, le decía el doctor Juan C. Gómez (4) a don Estanislao del Campo, a propósito de su Fausto. Sí, se va, y se va desgraciadamente sin dejar, de su íntimo carácter, rasgos perfectamente acentuados.

Lo que se ha escrito sobre el gaucho, no basta a determinar exactamente la originalidad de su tipo.

La imaginación de los artistas que le han pintado, ha exagerado sus perfiles. El gaucho del poeta, no es el gaucho de nuestros campos. La fantasía lo ha convertido en fantasma.

Para conocer el gaucho, es preciso tomarlo desprevenido al lado del fogón, en una carreta, en la cancha, corriendo en el rodeo, boleando en la pampa, bailando en un rancho, cantando en una ramada, pialando en una yerra, domando en un corral, durmiendo en el palenque, arreando en un camino, bromiendo en una trastienda, peleando en una tranquera, rumbiando de noche, campando de día, recogiendo, pastoreando, rondando y entregado libre, espontáneamente a sus faenas, costumbres y vicios.

Es allí donde se manifiesta el gaucho como hijo de la naturaleza abandonado a sus propias inspiraciones. Se han dicho cosas muy lindas de los gauchos, pero no cosas muy eiertas; o mejor dicho: no muy exactas. Se ha tomado al gaucho como un paisaje y se le ha dibujado, pero el ojo artista no ha penetrado sus detalles, que es lo más importante del asunto.

Por ejemplo, José M. Estrada, ha dicho del gaucho:

“En toda raza aislada de la sociedad, el desarrollo de las facultades morales es espontáneo y faltando el equilibrio con que la cultura los eleva, el sentimiento poético desborda

---

(4) Se refiere a Juan Carlos Gómez, poeta y periodista uruguayo, nacido en Montevideo el 25 de julio de 1820. En Buenos Aires, exilado político, dirigió *La Tribuna* y *El Nacional*. Muere en Buenos Aires el 25 de Mayo de 1884.

y absorbe toda su potencia de concepción —El gaucho nace músico y poeta— ¿Os parece enfática esta palabra?

“Convengamos en que nace guitarrero y payador. Su cántiga sorprende a veces por la chispa delicada que la ilumina; frecuentemente se arrastra en el pensamiento y en la forma como una escentricidad artística que ofendería al legislador de la retórica, pero no al poeta, habituado a sentir la lucha de inspiración con su propia impotencia. ¿Qué otra cosa es el instinto del payador sinó el estallido del alma, ansiosa de derramar sus emociones, referir sus entusiasmos y solazarse en sus amores luchando contra la tosea certeza de barbarie que le apesadumbra y enmudece? Necesita un lenguaje y rasga la guitarra. La música es el idioma de los estremecimientos íntimos, de las revelaciones del alma y los ritos de la naturaleza y del amor, como poesía de Osiam. La música de nuestros campos tiene cadencia monótona porque es monótona la armonía de las planicies, y simple, primitiva, indecisa la ilusión que atraviesa el alma del gaucho entre el llano verdozo y el firmamento encendido, el balido del rebaño y el susurro del silencio y el canto estrepitoso del *tero* y del vagabundo *chagá* (5). La luz de las campiñas me baña con una melancolía sin nombre, me desorienta de los demás y me recoje en mí mismo. Comprendo el agreste personalismo del gaucho, reconcentrado por la persistencia del espectáculo irresistible para su espíritu bárbaro. Oid el canto del payador.

“El acento incorrecto que llega a aquellos labios no es sinó la linfa ya muerta del corazón que desborda. Se estrella contra la ausencia del arte, canal que la inteligencia depura al sentimiento solitario entre sus fuerzas morales embotadas.

---

(5) Léase *chajá* “Ave zancuda de color pizarra, pecho y vientre grisáceo, espolones en las alas, collar claro y una franja negra debajo del mismo en el cuello, miembros rosados, penacho en la cabeza; su tamaño es similar a los pavos comunes. Su andar es majestuoso y el graznido de alerta lo distingue en forma especial” (HORACIO JORGE BECCO, *Don Segundo Sombra y su vocabulario*, Ollantay, Buenos Aires 1952). Su nombre científico de acuerdo a la denominación de Burmeister es: *Chauna torquata*; *Palamedea chatavaria*.

“El desierto aviva su fibra poética. Tras de aquel pecho cruzado por el poncho y defendido por el cuchillo, está palpitando como hogar y testimonio de su alta naturaleza. Sólo el instinto le rije, sólo la pasión le enardece. La libertad, idealización de su fuerza, irrita su potencia imaginativa y se lanza, contra la elasticidad de los huracanes refrenando airoso los bríos elegantes de su potro, en la mano la lanza y en la memoria sus sueños, héroe o montonero, vencedor o vencido, pero jamás esclavo! Su destino es horrible, sus hijos no tienen cuna, ni sepultura sus padres, ni encuentra su familia hogar; pero tiene su brazo, su caballo, sus trovas y su pampa.

“Todo es en ella grande y de rasgos colosales. Vuelven la voz los senos del desierto como la conciencia de la soledad.

“Allí parecen mas rutilantes los raudales de la luz; crecen las fuerzas a medida de las ciegas resistencias con que luchan; habitúase el ojo a penetrar inmensos horizontes y el pecho a respirar huracanes.

“Así es grande y salvaje la pasión.

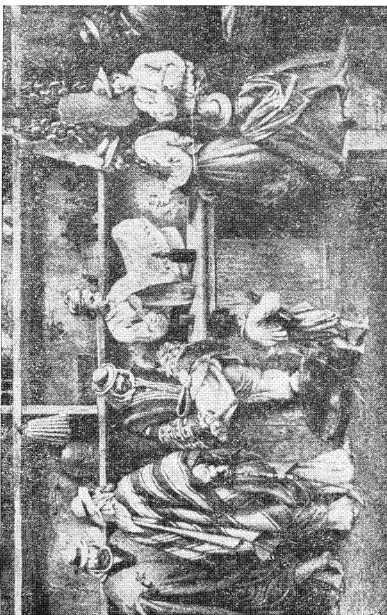
“Así ama el gaucho su agreste independencia como el rito de su Dios y le da su alma con su sangre.....”.

Nada tan sublime como ese lenguaje; pero nada tan exagerado como esa pintura. Es la fantasía la que se ha expresado. Es el filósofo que toma una idea y la sublimiza con la galanura de la frase. Hernández se acerca más a la verdad, porque se ha colocado más cerca del fogón.

A un tipo como el gaucho no se estudia desde la ciudad, es indispensable compartir con él, el rancho y el caballo, para pintarlo minuciosamente en las diferentes facetas de su especial existencia.

## II

La aglomeración de materiales que constantemente nos asedia y las estrechas columnas de nuestro periódico, nos obligan a postergar día tras día, los asuntos que iniciamos con tanto entusiasmo. El del gaucho es uno de ellos.



INTERIOR DE UNA PULPERIA  
Litografía de León Pallière

Nos proponíamos pintar al gaucho con los propios tintes que su misma naturaleza nos ofrece: o mejor dicho, hacer que el gaucho se pinte a sí mismo con sus mismos hábitos y lenguaje.

Por ejemplo:

Llega un gaucho con su caballo sudado al palenque de un rancho.

—Ave María purísima, dice, en tono de humilde saludo.

—Sin pecado concebida; bájese si gusta, y la persona que así ha contestado, avanza hacia el forastero, tanto como una demostración de comedimiento, cuanto para espantarle los perros que le saltan al estribo.

—*Juera chocolate viejo! juera china!*, y así sucesivamente va nombrando a toda la perrada, que se aparta a medida que cada uno oye su nombre.

Una vez el que viene y el que sale se han puesto frente a frente, el dueño de casa, dícele al que ya considera su huésped:

—*Güenos días* (o tardes) le de Dios. *¿No gusta apiarse?*

—Dios se las de muy *güenas*. *Si señor* (o señora) voy a bajarme.

Y déjase caer con agilidad del caballo; ata a éste en el palenque, y va en dirección al dueño de casa que espera a su huésped para guiarlo a la cocina, que es la sala de recibo en el rancho de nuestros hospitalarios *paisanos*.

Los perros, que poco antes querían devorar al forastero, ahora se retiran humildes y van a echarse bajo el alero del rancho.

Se diría que han comprendido el agasajo con que es recibido el pasajero por el amo y participan de la misma fraternidad.

—*Siéntese amigo*, le dice, y le pone a su disposición dos pe-

dazos de huesos de cadera ligados con huascas (6) y forrados con cuero de oveja o vaca, que es el mejor asiento de la casa.

Mientras el desconocido acomoda el asiento inmediato al fogón, el dueño de casa revuelve el fuego con una larga costilla o con su propio cuchillo; lo aviva con algunos soplidos; le echa un pedazo de sebo, eleva un asador muy inclinado, cuelga de su gancho la pava, va en busca del mate que está en un rincón del rancho dentro de una cáscara de peludo o pequeño noque de cuero, mete la mano en una bolsa de lienzo o de piel, saca yerba, le echa al mate, lo vuelve boca abajo sobre la palma de la mano, lo sacude, coloca cuidadosamente la bombilla, toma la pava con la mano vuelta hacia arriba y vacea con delgado chorro el agua apenas tibia dentro del mate, lo chupa, lo arregla, le toma el sabor y alargándoselo al forastero, le dice:

—Sirvase, amigo.

—Vaya, le haremos gasto.

Mientras el mate se sorbe, ha dado vuelta su tirador, saca una *chuspa* (7), armado un cigarrillo y brindándole; esto si no fuma de *naco* (8), que entonces es más laborioso el acto pues hay que picar en el mismo *naco*.

(6) *Huasca* o *guasca*: lonja cortada de un cuero bien seco y estaqueado para ser utilizada como sogá. Del quichua *huasca*: sogá. JUAN de ARONAS en su *Diccionario de peruanismos*, París 1938, afirma que en quichua significa cadena o tira de cuero. Se emplea ya en 1615 en Buenos Aires en una carta del procurador de Santa Fe y Buenos Aires ante la corte española: “freçadas cordellate y sayal cordobanes y badanas xabon y miel de abexas de pita guascas y otros generos”. Se empleaba a manera de sogá para atar las manos de los presos como lo demuestra una nota oficial firmada en 1771: “Preguntado si después de haber sucedido la fuga del primer preso providencio el cabo de asegurar a el segundo bien fuese con tramojo, lazo o guascas”.

(7) *Chuspa*: Vegiga de vaca o bucho de avestruz que se empleaba para guardar el tabaco y otros avios para fumar.

(8) *Naco*: “Del galaico portugués *naco*, *anaco*: pedazo. m. Argent., Bol. y Urug. Pedazo de tabaco negro en trenza para mascar. Ac.”. (AUGUSTO MALARET, *Diccionario de americanismos*, tercera edición, Emecé editores, S. A., Buenos Aires 1946).

ASCASUBI en el *Paulino Lucero* (Editorial Estrada, Buenos Aires 1945, pág. 108) dice:

Amigo, al pelo le viene:  
tengo aquí, pero no es *naco*,  
sino una hostia de tabaco.

—Amigo, si no ha almorzado (o merendao) ahí tiene carne en la ramada, puede poner un *asao*.

El forastero acepta o no, según el estado de su estómago, pero la obligación del dueño de casa está cumplida.

Una vez llenado este imperioso deber, el dueño de casa espera que su huésped le relacione el objeto de su viaje, pues se tiene por descortesía indagar la vida de quien se obsequia.

Este es un acto de delicadeza en el rancho de nuestros gauchos, que no observan los civilizados de nuestras ciudades.

Una vez que se han cambiado un cigarro y dos o tres mates, dan principio las interrogaciones y respuestas.

—Digame, amigo, —dice el forastero— lo que ha andao por el campo, no ha visto u oído decir, si han desconocido una tropilla de diez caballos.

—¿Qué señas tiene?

—La yegua es overa castaña con un potrillo *saino*; lleva un encerro grande y un anillo de lonja; entre los caballos van dos picazos overos, un malacara pampa, dos blancos ojos negros, dos oscuros tapaos, un colorao sangre de toro, un bayo encerao y un ruano.

—¿La yegua lleva la marca volcada en la paleta del lao del montar?

—Si amigo; la marca es de dos flores y una fija en el medio, a modo de *atravesañ*.

—¿No es ésta? le dice el dueño de casa después de haber alisado con el pie la ceniza del fogón y con el dedo trazado la marca que tenía impresa en su memoria.

—La misma.

---

Aclara al pie de página: “*Naco*: Pedazo pequeño de tabaco negro”. En el poema del mismo autor, denominado *Santos Vega* (Peuser, Buenos Aires 1952, verso 114 y ss.) refiere:

De ahí Rufo picó tabaco  
y dos cigarros armó,  
que en apuros se encontró  
para armarlos, porque el *naco*  
medio apenas le alcanzó.

Y al pie de la página como en la cita anterior, escribe: “*Naco*: último resto de una cuerda de tabaco negro del Brasil”.



—Los oscuros, el uno va con bozal y maneador, el otro con una zapatilla en la mano del lao del lazo.

—Si, señor, esos mismos.

—Si amigo; puacá pasaron ayer así como al ponerse el sol; tomaron al naciente. Los animales parecían que iban rumbiando. Los oscuros iban adelante.

—Ansi a he ser; esos animales son de los Montes Grandes; por juerza son volvedores. Voy a seguirlos antes que vayan muy lejos.

—Si el montao viene pesao le daré pá<sup>(9)</sup> que mude.

—Si señor; viene medio pesadón bastante, ayer tuito el día le he pegao pelo a pelo, pues salí con intención de tomar noticias de estos animales, para volver y salir con caballo de tiro; pero me dijo un mozo campero que los alcanzaría en la aguada, y es ansi que los seguí en el montao. Pero a la cuenta estos animales han pasao no más rumbiando a la querencia.

—Ya le digo, los oscuros trotaban un trecho y se paraban a esperar los otros.

—¡Qué animales porfiaos! por eso no los largo.

—Animal de los Montes, es de balde, diande quiera se han de volver.

—Güeno, pues, amigo, si me va a hacer el favor, le voy a dejar el montao hasta la guelta.

—Vamos al rodeo, aun no ha salido la manada.

Y el campeador muda y el otro le acollara el que deja.

—Si se le aplasta y tiene que mudar, lárquelo de donde quiera que ha de dar con la querencia. El caballo es manso y guapo pá galopar, es medio ligero al montar no mas, pero malcornelo del atravesao del bozal y después aflójele la rienda que es sin hiel.

—Muchas gracias amigo. Güeno, será hasta otro día. Que-  
de con Dios.

---

(\*) La preposición para = pá, con acento. Colocamos en todos los casos el tilde, aunque en algunas el autor no lo haya hecho.

—No hay de qué, que le vaya bien hasta cuando guste. Vaya Vd. con la Virgen.

Y el uno sigue el rumbo de su tropilla y el otro vuelve a las casas después de haber cumplido ingenuamente, con el deber de la hospitalidad.

### III

#### LA YERRA

—Güenos días amigo Juan.

—Dios se los dé muy güenos amigo.

—Pedro. Bájese, pues.

—No amigo, voy pasando.

—¿Qué anda campeando?

—No amigo; ando convidando pá la yerra de los tamberitos y venia a ver si me hace el favor de echarme una mano.

—Con mucho gusto. Mañana, de mañanita, me tiene pua allá.

—Lleve a la patrona y a su hija, pues la vieja quiere dar unas güeltas, y ha preparao unos fritos y una con cuero.

—La tengo media apestadona; la enredó una redomona y la sacudió contra el palenque; pero con el sebo de riñonada y agna de lapacho va muy alentada.

—Vea, amigo; caray; cuanto lo siento.

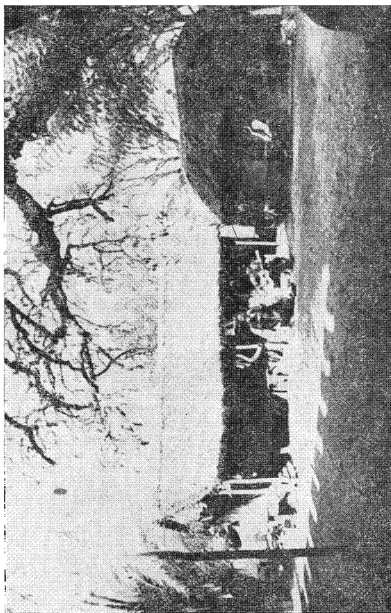
—Pero dígame a doña Paula que hemos de dir no mas; la vieja es curtida y tiene los güesos duros.

—Güenos entonces; será hasta mañana, amigo Pedro.

—Si Dios quiere, amigo Juan.

Y Pedro entró al rancho a dar noticias del convite y Juan siguió invitando a los vecinos para la yerra de sus tamberos.

La yerra de convite, es una fiesta con que generalmente se celebra algún *santo* de la casa, o un motivo que el dueño de la hacienda invoca, para divertirse y divertir a sus ve-



PULPERIA "EL OMBÚ" (Peña de Buenos Aires)  
Según original en el Archivo Gráfico de la Nación

cinos. Esta fiesta es reputada como un acto de generosidad, pues es sabido que cuesta mucho más caro que si se hicese con peones por día.

Con gente paga, se entra al corral con armada chica y un rollo; se hace orillar el ternero y, de una vuelta se le cierra el trenzaço, se saca puerta afuera, se le apreta y se le hace humear la marca, se le vuelve al corral, se le saca el lazo y se le larga.

La hacienda no se estropea, el trabajo de los peones es menos, más económico y en orden.

Todo lo contrario la *yerra de convite*.

El dueño tiene que costear bebida, preparar pasteles, tortas fritas y la infaltable con cuero; por supuesto y a la noche, baile. De suerte, que gasta muchísimo más que si pagase cuarenta pesos diarios a cada peón; pero, como ya lo hemos dicho, esta fiesta se liga a algún festejo de familia o a un acto de generosidad del dueño de la hacienda (10).

---

(10) José Hernández en su poema hace alusión a la yerra y a los festejos que se realizan en esa ocasión en el campo y escribe:

Aquello no era trabajo,  
Mas bien era una junción,  
Y después de un güen tirón  
En que uno se daba maña,  
Pa darle un trago de caña  
Solía llamarlo el patrón.

Pues siempre la mamajuana  
Vivía bajo la carreta,  
Y aquel que no era chaneleta  
En cuanto el goyete vía,  
Sin miedo se le prendía  
Como güérfano a la teta.

Y qué jugadas se armaban  
Cuando estábamos riunidos!  
Siempre íbamos prevenidos!  
Pues en tales ocasiones,  
A ayudarles a los pioncs  
Caiban muchos comedidos.

Eran los días de apuro  
Y alboroto del hembraje,  
Pa preparar los potajes,  
Y osequiar bien a la gente,  
Y así, pues, muy grandemente,  
Pasaba siempre el gauchaje.

Los convidados concurren de toda gala, las mujeres con sus trapitos domingueros y los hombres en sus mejores fletes, con las mejores cacharpas <sup>(11)</sup> y prevenidos a lucir su baquía en el lomo del caballo, o su habilidad al enlazar de las aspitas y sin oreja con armada grande, rollos como bandadas de patos y tirados de arrempujón; o de no pialar con el último rollo, de voleao, o de paleta.

Entonces el trabajo se hace a rodeo, para que los enlazadores tengan bastante espacio de lucirse tirando arriba y con rollo.

Las mujeres ganan el fogón donde se calientan los fierros; allí esperan a que alguno se haya lucido con un buen giro de lazo, sea el que trae el ternero del rodeo, sea el que lo voltea con el pial, entonces corre la *moza* con el frasco de ginebra y grita: ¡mano al trago! y se lo evoca [sic] al enlazador o pialador feliz.

Por supuesto, este acto es festejado por gritos y aplausos que importan sinceras felicitaciones sin reticencias ni ce-

---

Refiere a continuación que comían “carne con cuero”, “sabrosa carbonada”, “mazamorra bien pisada”, pasteles, sin faltar, desde luego, el “güen vino”.

De acuerdo a Ventura R. Lynch el gaucho utiliza el día de la yerra lo más lujoso de sus pilchas: “Ponchos de vicuña, chapeados de pura plata, calzoncillos con flecos, botas de potro bordadas en el empuñe, lazos trenzados de veinticuatro, en fin, todo aquello de más rico, más caro y más apreciado que existe en el paisano, entra a desmenufiar su rol en aquellos días de algazara”.

(11) DANIEL GRANADA en su *Vocabulario rioplatense razonado*, (Tomo I, Montevideo 1957, pág. 124, la primera edición está fechada en Montevideo en 1889) escribe al referirse a *cacharpas*: “Conjunto de objetos o prendas de uso, en especial cuando son viejas. Así, las piezas que componen un recado de montar y los trastos de una familia pobre, cuando tienen ya algún uso, se llaman *cacharpas*, y también se da este nombre a las insignias y condecoraciones de un general”. AUGUSTO MALARET (*Opus cit.*) sostiene que esta voz deriva del quichua, empleándose en Argentina, Bolivia, Costa Rica, Chile, Ecuador, Honduras, Perú y Uruguay, para designar a las piezas de un recado.

Para GUILLERMO ROJAS CARRASCO (*Chilenismos y americanismos*, Valparaíso, 1943) *cacharpas* son “trebejos, trastos de poco valor” y viene de *cacharpayani*, voz quichua, que significa despachar, aviar al caminante. Aclara también que de su primitiva significación de andrajos pasó a significar “echar lujo”.

los. Es un torneo en que el gaucho luce su habilidad en los trajines que le son habitual.

Allá trae un enlazador un ternero; uno de los pialadores, ya con la armada preparada, le dice:

—Desprenda amigo; q' se vaya con lazo.

—Usted me dará otro, pues.

—No se ha de quedar sin él.

Y el enlazador desprende la presilla de su lindo trenzado; el ternero creyéndose libre, escapa velozmente hacia el rodeo donde la madre lo reclama con sus validos; pero, cuando el desprevenido animal considera haber recobrado su libertad en atención a la distancia que lo separa de sus martirizadores, sus patas delanteras se entorpecen y rueda su cuerpo sobre la dura playa, en medio de la algazara con que es festejada su rodada y a su aprisionador.

Ha sucedido que el pialador dejó salir al ternero a una distancia de catorce brazadas, justo el largo de su lazo, y, con armada a la Magdalenista, por sobre el lomo, agarró de los *ñuditos* al animal, dejándolo estirado, cuanto echó a verija.

Y en estos casos se repiten a cada *baratiada*, pues el que solicita la *bolada*, es porque confía en su destreza y tiene la seguridad del éxito, porque nada lastima tanto el orgullo del gaucho, como una *piña* delante de mujeres, y más si espera el trago de manos de la que lo tiene al *retortero*.

Si esto es festejado como justamente se merece, no lo es menos la acción de cortar, por un enlazador de a caballo, un mamón del rodeo, de aspita de pulgada; hacerlo enderezar al fogón y, cuando está próximo a mesturarse con las mujeres, el enlazador, haciendo girar una armada cuyo extremo roza el suelo y cuyos rollos caben con dificultad en la mano, lo arroja de a rempujón, con tal fuerza y baquía que, al estirarse el último rollo y al cerrarse la armada, el ternero es tomado de las aspitas, quedando libres las orejas.

Sucede también que alguna vaca embravecida por los validos de su estropeado hijo, atropella, y *quita el fogón*; pero

el fogonero, el que corre con la marca o algún otro de la ruda, toma un cojinillo, poncho o cualquier otra tela, y espera al bravo animal consiguiendo entretenerlo evitando el desparpamo de mujeres, hasta que algunos de los de a caballo corren y lleva a fuerza de pechadas, el animal al rodeo.

Algunas veces también uno de los enlazadores trae a todo rebenque, un ternero entre las manos de su caballo, el animal se le cruza, piala el caballo y éste rueda en toda la furia; un grito de terror lanzado por las mujeres manifiesta el peligro del jinete, mientras éste, endureciendo el cuerpo y aflojando las piernas, ha salido, corriendo, como de contra un palo, dejando al caballo y ternero, revolviéndose como *pelea de perros*.

Si el autor de esa acción es *medio diablo*, sigue corriendo no más, sin mirar para atrás, hasta que los espectadores le gritan festejando la broma al mismo tiempo que la *parada*.

En otras ocasiones, uno de los apartadores, para enseñar a su redomón, procura la oportunidad de poner *tras del asta*, el pecho de su arisco montado, pero es el caso q' la cincha se le *ha ido a la verija* al cosquilloso animal, entonces se clava de golpe, mete la cabeza entre las manos y se *agacha a güelta*; el jinete lo *getea* con el *talero* <sup>(12)</sup> hasta que el animal, acobardado de los golpes, fatigado de coreovear o libre del recado que lo incomodaba, cesa de bellaquear; y el gaucho ufano de su triunfo lo endereza al fogón y lo hace rayar a los pies de las mujeres, quienes brindan al que tan diestramente *jineteó*, con el consabido medio frasco, marca Aniceto el Gallo <sup>(13)</sup>.

Sucede también, que después de concluído el trabajo, cuando la gente *se va a dir pá las casas*, los infatigables trabajadores, no satisfechos de las habilidades ejecutadas durante la yerra, quieren aumentarlas con actos particulares, y todo en

---

<sup>(12)</sup> *Talero*: rebenque.

<sup>(13)</sup> Posiblemente el autor se refiera a la ginebra denominada Aniceto el Gallo, nombre que le habían colocado, en vida, al poeta gauchesco Hilario Ascasubi.

obsequio de las *polleras* a quienes el gaucho rinde pleito homenaje.

Uno de ellos salta en pelos con medio bozal, o guasquita en el pescuezo, a alguno de los *tuncas* del fogón, y grita:

—Vaya caballeros; un pial de aficionao.

Cada uno toma el lazo, arman grande y enfilan para dejar campo al desafiante.

Instantáneamente el animal agujoneado por el jinete, cruza veloz por la callejuela de pialadores que, en medio de una infernal algazara, han hecho *arar con la geta* al pobre caballo, mientras el jinete ha salido golpeándose la boca y dando brinco exagerados.

La yerra ha concluído, la hacienda está a pastoreo *cerrao* hasta que el ardor de la marca se enfríe y se restablezca la quietud en el rodeo.

La concurrencia pasa a las casas a merendar y a aprontarse para el *bailable*.

#### IV

##### LA COMIDA

Mientras se trabajaba en el rodeo, la dueña de casa había preparado el *desayuno*.

Consistía este, en una ternera con cuero, asada sobre huesos, que da a la carne un sabor tan agradable, que no lo adquiere ni en el horno ni sobre leña.

Después había una ollada de locro de maíz con achuras, es decir, con *tongori* <sup>(14)</sup>, *cuaajo*, *tripa gorda* y *chinchulines*,

(14) Léase *tongori*. Denomínase *tongori* a las achuras y menudos de la res. HILARIO ASCASUBI en su libro *Paulino Lucero* anota al pie de página (edición citada, pág. 192): “*Tongori*: tripa de vaca durísima, pero que se come, sin embargo”. Con el *tongori* se forraba el mango de los cuchillos. El autor mencionado escribe:

¿Sabe el *refrán* que anda por aquí  
traído por la *intervención*?  
lo diré, con su perdón:  
¡*Vas a morder tongori!*!

JAVIER DE VIANA en su novela *Gaucha* (Materá, Montevideo 1920, pág. 14) utiliza esta voz refiriéndose al uso del *tongori* como mango de





GAUCHOS DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES  
León Pallière - 1866

que los riñones, corazón, hígado, mondongo, patas y demás de la ternera, se los engulló el fogonero.

Las empanadas fritas con picadillo y las tortas id., abundaban en varias fuentes de lata. No faltaban sus damajuanas de vino traídas expresamente para la fiesta.

Los trabajadores se habían ganado el jagüel a sacarse el polvo del trabajo, mientras las mujeres se habían ido a las casas, a medio arreglarse para entrar a menear diente.

Dentro del rancho se había preparado la mesa, exclusivamente para el *gaucho rabón* <sup>(15)</sup>, y en el corredor la destinada al *machaje*, como decían alegremente los dueños de la fiesta.

La *patrona* atendía a las mujeres, mientras el *hombre* se entendía con los hombres. En el campo, es general esta costumbre de la división de sexo en toda fiesta.

—¡A la mesa todo el mundo! gritó don Pedro, cuyo grito fue inmediatamente contestado con gritos y palmoteos.

Las mujeres guiadas por la dueña de casa, fueron desfilando, como ovejas por portillo, por la puerta del rancho y tomando colocación en la mesa, como hacienda aguerenciada en rodeo viejo.

Los hombres corrían como yeguada sedienta a la laguna y se acomodaban alrededor de las fuentes, como aquella en contorno de las *bebidas*.

Esto expresa lo bien que preparados estaban para jugarle diente a la con cuero, al loco y a los pasteles, con el tinto de la pulpería del gallego Ramón.

—Vaya caballeros, que se conozca quien lo asó, dijo don Pedro, y rebanó una lonja de picana.

---

cuchillo: "Con un pequeño cuchillo de mango de madera forrado de 'tongori', trabajaba el cuero".

(15) Así denominadas las mujeres.

Esta fué la señal de avance; cada cual peló su mangorrero (16) y lo enderezó al pedazo más gordo.

No se oía más que el ruido de las carretillas, como caballos maiceros.

En un momento desaparecieron en veinte estómagos, un costillar, un pecho con falda y todo, media picana y una quijada; con lo demás de la res, las mujeres estaban haciendo dulce.

Con el filo del cuchillo, cada convidado se limpió la geta, al que limpiaron a su vez en la caña de la bota.

—¡Mano al trago! dijo don Pedro y se empinó una damajuana de cuatro frascos.

—Por la derecha se paga al monte, dijo a su vez el vecino, que le dió un largo beso a la que pasó don Pedro.

—Que corra; dijo el otro y envocó la del sexto.

—Copo la banca, contestó el de al lado y se le agachó a la del pulpero Ramón.

—Aflójele que se ahorca; agregó el vecino y abrió la boca y miró *pá* el cielo cuando ya tenía la damajuana en la boca.

—Que siga la rueda.

—Me voy sin gallo.

—Hagámela costear.

—Que orille y yo respondo del lazo.

—Ni miedo que te tengo.

Y así, cada uno que esperaba o se empinaba a la damajuana, decía un dicho oportuno, en ese lenguaje figurado, peculiar del gaucho argentino.

Cuando volvió a manos de don Pedro, este dijo:

—La pucha; le han pegao como a caballo de posta; vaya, ya que se empeña, que se *junda* y concluyó con el resto.

---

(16) Anota AUGUSTO MALARET (*Opus cit.*): “*Mangorrero*. m. Urug. Cuchillito que se tiene comúnmente en la mano; poco afilado o gastado. // *En la casa del herrero, cuchillo mangurrero* (trocando la o en u). Argent. En casa del herrero, asador de palo.”

Al parecer, de acuerdo a las menciones que hemos visto de la voz, en Uruguay se dice *mangorrero* y en la Argentina *mangurrero*.

Las mujeres no le mermaban ni como la pisada de un chimango. Vino y carne se había mesturado en esos estómagos, como majadas en temporal. Y aún así, se preparaban a pegarle al loco y a las empanadas.

—Sirvase de algo, díjole la patrona a la que más había comido.

La otra se la barajó, contestándole:

—Si esto es buche de agua *he* malvas.

—Aquí ña Rebastiana, media se ha quedao con ganas.

—Caray; tengo la barriga como noque<sup>(17)</sup>, aunque es mala la comparación.

—El cristiano es como el animal, (*juera* del alma) en teniendo que tragar, lo hace hasta por vicio.

Y entretenidas con tan amena conversación, dieron fin con todo lo *mascable y bebibible*.

Los hombres, sacándose la carne de los dientes con la punta del cuchillo, y las mujeres con paja de escoba, ganaron el yuyal a concluir de limpiarse las manos. El mejor mantel y la más cómoda servilleta en el rancho del gaucho, es el pasto tierno del conterno de las casas y la caña de la *bota fuerte*<sup>(18)</sup>.

El dueño de casa *repuntaba* a los hombres, así como la *patrona* a las mujeres; es decir las invitaciones se hacían por orden de sexo.

—Vaya, caballeros; los que quieran *yerberar*, aquí tienen la bolsa del vicio y el mate. En el *fogón* hay *juco* y en el pozo agua; dijo don Pedro como a modo de proclama, en medio del patio, a los convidados que salían desperezándose de puro repletos.

Las mujeres aparecían por el mojinete del rancho, rumbiando a los cardos; los gauchos las miraron maliciosamente, y el más avisado, dijo:

---

(17) *Noque*: Tronco de árbol que se ahueca para guardar alimentos. Bolsa de cuero donde se guarda la grasa.

(18) Se denomina bota fuerte a la de suela y cuero curtido; suplantó a la bota de potro.

—Va cayendo la hacienda a la agua.

—Han de dir por los vicios.

—¡Qué vejigas pá tabaqueras! (19) agregó un malicioso.

A poco reaparecieron las mujeres sacudiéndose los quillangos (20).

—¡Cierta la seña que me hizo? dijole uno a otro, guiñando el ojo y estirando el labio inferior hacia las punteras.

—Y yo que ando dando entrecos por una lata.

—Y yo esperando echar cincuenta y cinco punto que mata primera.

—¡A malaya pan con queso!

—Aunque sea marca del diablo, dijo una vieja y se le sentó a un horno.

—La primera en casa y las demás con charamuscas.

—¡Que te tas cayendo de sueño, hermano!

—¡Qué pá puchero, si es para asao!

—En subiendo aunque no me apiase.

—En peliando aunque sea a la primer sangre.

—Peliando yo, corte quien corte, diría el santiagueño

Agapito.

—Aunque saliera trabada, me gusta en tres cuadras aunque sea con la media arroba.

—Es de güena laya; se ha de disparar desde el vamos.

—Son del pelo que junto.

—Y de yapa, que ha de ser media brava en el espinazo.

—Y firmiadora; no se ha de contentar con el vení: ha de querer con relación.

—Y con escobillao.

—Y; ¿tienen con hacerle la parada?

—¡No ve el rollo? pué el bulto es de cinco mil.

—Si es pura espuma como chajá; no corta ni aún que lo chairen.

(19) Con la vejiga de ciertos animales los gauchos fabricaban tabaqueras.

(20) Aquí no se refiere al quillango, manta de piel preparada por los indígenas, sino a la ropa de las mujeres.

—Si quiere hacer la prueba...

—Con mi yegua... no le reservo.

—Al último he de ser puro cielo y no ha de saber ningún pericón.

—Hagamelo güeno, le doy la rompida; y dispuestos estaban a seguir con estos dichos, si no viene la dueña de casa, entró en la rueda y les dice:

—Ya están prontos pá el baile.

—A mi me hormigüean los dedos.

—Mis piezas están puro malambo.

—Usted va a romper el baile.

—A sigün y conforme...

—¡El delicao! ¡veanlo! cuando es capaz de poblárele... pero calla lengua no te turbes en este particular, dijo la patrona en tono de cifra.

—Le cortó por la quebrada; anda en tres patas como la olla.

—Pero el remedio tiene en la mano.

—Hombre, pá mi la cola es pecho y el espinazo cadera.

—¡Claro! siendo aujero aunque sea garra he cuero.

El baile empezó.

## V

### EL BAILE

La sala del baile era un rancho de diez varas de largo por ocho de ancho; techo de totora, paredes de paja trenzada y revocadas con *mezcla de caballo*. El piso era desenladrillado, pero parejo y apizonado; las paredes color del revoque, y el techo descubriendo los tirantes de álamo y el cañizo de tacuaras.

En cada esquina, había dos cuchillos clavados en cruz, y sobre ellos un candil de mecha gruesa y con grasa de potro;

en uno de los mojinets, una mesita con dos velas ardiendo, cuatro vasos y seis botellas con *bebida*.

Ahí no más, al ladito, el guitarrero, y en los costados, una hilera de bancos y sillas llenas de mujeres de todos pelos y edades.

Los hombres remolineaban en la puerta esperando el *rajido* [sic] de la guitarra, o la voz del bastonero, para entrar a elegir o tomar compañera.

—Usted va a romper, ño Juan.

—¿El qué será, ño Pedro?

—El baile, pues amigo.

—¡Ah! eso sí.

Por diablo le voy a poner el bicho.

—O el cabezón, agregé otro.

—Adelgacen que no es pá lago, miren que tengo en la mano el de apalear porotos.

—Connmigo ha de ser; dijo una vieja cuartuda y maliciosa.

—No me le ánimo sin vejigas.

—Como dice que es hombre; ¡ni entre las mujeres. . .!

—¡En baile los nombraos! dijo ño Pedro en tono de *bastón negro*, como irónicamente le decía *ño Paulo*.

Dos mozos de pelo largo, chiripá de paño, botas con de-  
jantar, poncho imitación, tirador con rastra, facón con vi-  
rolas, sombrero con cinta ancha, barbijo a la ñariz y pañuelo  
de seda al cuello, se presentan en medio de la sala.

—Ustedes son los nombraos pa gatos? preguntó malicio-  
samente el bastonero.

—Que lo parió, por las dudas; contestó uno de ellos,  
riéndose.

—Arriba las nombradas! dijo el bastonero, fingiendo des-  
entenderse de lo que el bailarín le había contestado.

Dos mozas alcotanas; cuerpo de buey, se colocaron cada  
una, al lado de cada bailarín.

Mientras sonaba la guitarra, ellos aprontaban las casta-

ñetas, refregando el pulgar y el mayor, en el talón de la bota.

Ellas desarrugaban los vestidos y tomaban posición académica.

—Lárguese, pues amigo, le dijo el bastonero al guitarrero.

—Pero viento abajo, objetó uno de los bailarines.

De pronto sonó un bordoneo, que fue a morir en la boca de la guitarra, y un *gato* <sup>(21)</sup> de puntino y de rajido [sic] puso en primera a los bailarines y en curiosidad a los mirones.

El guitarrero cantó:

De Güenos Ayres vienen  
Cuatro pintores  
A pintar una imagen  
De tus colores,  
Güela la perdiz madre  
Zapatía duro,  
Que los cincuenta pesos  
Ya están seguros...

Aquí el cantor y guitarrero paró.

—Siga el *veni veni*, pues ño Jacinto.

—Se me cortó la prima; y hacía como que arreglaba las cuerdas. De esta manera se obligaba a los bailarines a que echen relaciones.

---

(21) Ventura R. Lynch en su trabajo *La provincia de Buenos Aires hasta la definición de la cuestión Capital de la República*, escribe refiriéndose al gato que bailaban los gauchos de su época:

“El *gato* se divide en *gato* simplemente, *gato con relaciones* y *gato correntino*. Los dos primeros que nos pertenecen, son los que ellos llaman *baile de dos*. Ambos constan de cuatro frentes.

En el *simple* el guitarrero canta una copla de intervalo en intervalo, copla que los bailarines acompañan zapateando, *escobillando* o haciendo rastañetas.

En el *con relaciones*, entre copla y copla, una vez el hombre dice un verso o lo improvisa y otra le contesta a la dama”.

En la descripción que se realiza en este caso se trata sin lugar a duda alguna del llamado por Lynch *gato con relaciones*.



Uno de ellos se arremangó el de vicuña, se cuadró ante su compañera y le largó por *aguas verdes*:

Las estrellas en los cielos  
Forman un trono imperial...  
Si tu pecho fuera loma  
¡Que loma pá peludear!

Una salva de aplausos festejó esta relación.

Se restableció el silencio, esperando la contestación.

La moza adelantó un paso, miró a su compañero, y le dijo:

Si mi pecho fuera loma  
Y usted fuera y peludíase,  
Mas peludo no hallaría  
Que el peludo que llevase.

El tono intencional con que fue dicho este verso, causó un verdadero frenesí.

Vení, vení, vení.  
Que hacele, que hacele así.

Dijo el cantor, y paró otra vez la guitarra para que la otra pareja dijese su relación.

El compañero de la otra, no se hizo esperar mucho para decirle:

La pulga con ser pulga  
Siendo un animal tan vil.  
Duerme contigo en la cama...  
¡Y yo no puedo dormir!

Los aplausos y los dichos de los oyentes, dieron tiempo a que la moza concertase esta oportuna respuesta, que la dijo con toda desenvoltura y acentuación:

Si la pulga me acompaña  
En el sueño, no hay afrenta;  
Si usted se volviera pulga...  
Lo mismo... Saque la cuenta.

El entusiasmo fue tan estrepitoso, hasta ocasionar una disparada general de caballos.

El *gato* se interrumpió y los bailarines y espectadores *ganaron puerta a juera* a sujetar sus fletes que se habían albotado al ruido de los aplausos y golpiadas de boca.

—No es nada, caballeros, gritaba el dueño de casa que había ganado la puerta al barullo; ya remoliniaron y el *chino* los está atando.

Sin embargo quisieron ir a cereiorarse pues nada contraría tanto al gaucho, como *quedarse de a pié*.

—Que siga el baile!

—Priéndale al frito!

—Vaya amigo Ramón; siga el bordoneo.

—En baile, caballeros; que siga el *gato rabón*.

—De loca que no güelvo a salir, dijo una de las bailarinas.

—Aquí aflojó doña Melchora.

—Campo, señores; no me echen yeguas al lazo; decía un mozo avispaio de calzoneillo de miriñaque. ¡Firmes las mujeres!

—Vivaaa! ya están firmiadas, no pueden sentarse.

Este es un compromiso tanto en el hombre como en la mujer, al que no pueden disculparse, a menos de hacer desaire al que *firmea*.

Generalmente se pide firme, cuando el bailarín o la bailarina es lucido, y el que solicita pretende también lucirse; por eso cuando hay una firmeada, a todos interesa y siguen y aplauden los menores incidentes.

—Yo me ayunto con *Ustoquio*, dijo el firmeador, y se colocaron en medio de la sala. Las mozas se cruzaron y tomaron la derecha de sus compañeros.

—Toque el *Prado*, dijole al guitarrero el que pidió firme.

—Ese baile no me acuerdo; donde que murió tata Panchito no lo bailo ya ve que hace tiempo.

—Del bendito no se acordará, pero de lo que es baile, ¡cuando! Toque nomás amigo que hemos de salir orillando.

—Mirá quien va a aflojar, cuando es mas atropellador que toro recién capao, replicó la moza.

—¡Oh! lo que es conmigo, es matarse, porque arrigulao a que naides ha de ser mas que naides...

En eso la guitarra sonó y el cantor dijo:

Vamonos al prado  
Que hay mucho que ver,  
Hombres a caballo  
Mujeres a pié.

Aquí las loras<sup>(22)</sup> se alzaron las polleras, giraron sobre los talones, revolotearon el pañuelo y blandieron el cuerpo; mientras los hombres hacían temblar el suelo con el ta-lón y levantaban tanto polvo, como Chimango en vizeachera.

#### IV

##### EL CANTO

Apenas ha dicho los primeros versos, para que no pare su *cifra*, y como una deferencia, se le pone el vaso en los labios y el cigarro encendido en la boca, para que *chupe* y fume sin distraer sus manos, que ocupadas están en hacer gemir las cuerdas.

Si el *payador*<sup>(23)</sup> no tiene con quien toparse, canta solo,

---

(22) Se emplea por mujer en sentido despectivo. *Loras*, de acuerdo a menciones realizadas en poesías populares de la misma época, se denominaban a las mujeres que concurrían a los salones de baile *de medio pelo* y a las *academias de baile*, sitios preferidos por el compadraje ori-llero.

(23) Sobre el payador puede consultarse: MARCELINO M. ROMÁN, *Itinerario del payador*, Editorial Lautaro, 1957; ISMAEL MOYA, *El arte de los payadores*, Editorial P. Berruti, Buenos Aires 1959.

Sobre el origen de esta palabra existen diferentes tesis (Crf.: ISMAEL MOYA, *Opus cit.*, págs. 9-16). Para unos viene de *payo* español rústico, campesino. Para Rodolfo Lenz *pallar* es "recoger (los pedazos de valor) en el suelo" y metafóricamente el desafío del contendor.

iniciándose de esta manera:

Suena guitarra por Dios  
No te dilates un punto,  
Que se quiere lamentar  
Un vivo entre los *dijuntos*.

Suena guitarra por Dios,  
Suenen gimiendo tus cuerdas,  
Que se quiere lamentar  
Un gaucho de lejanas tierras.

Y de aquí arranca para cantar un romance, o seguir improvisando sobre tema que le sea personal o aluda a la reunión que lo escucha y agasaja.

---

Para Leopoldo Lugones su fuente sería griega. Hidalgo lo emplea dos veces, por lo menos, en sus poesías:

Estaba medio cobarde  
Porque ya otros *payadores*  
Y versistas muy *sabidos*  
Escribieron puras flores.

(*Al triunfo de Lima y El Callao. Cielito patriótico que compuso el gaucho Ramón Contreras*).

En otra oportunidad escribe:

Usté que es hombre eserebido  
Por su madre digaló,  
Que aunque yo compongo *Cielos*  
Y soy medio *payador*,  
A usté le rindo las armas  
Porque sabe más que yo.

En el periódico *Las cuatro cosas* (Enero de 1821) se utiliza también el término:

“De la forma es y manera, mi R.P. que se han contado por aquellas cañadas y laderas, entre el humo de los *chicharrones* de las cocinas, y entre el aguardiente y coplas á lo divino de los *payadores*, tales cosas y *hombradas* de S.P.R. que me ha dado gana de bajar al pueblo, solo por conocer a un guapetón de marca mayor, y ofrecirme a su servicio”.

Escribe Francisco Javier Muñiz en su *Vocabulario rioplatense*, (MILCIANES ALEJO VIGNATI, *El vocabulario rioplatense de Francisco Javier Muñiz*, Buenos Aires, Imprenta y casa editora “Coni”, 1937, pág: 408): “PAYAR. - Improvisar entre dos cualquier asunto cantándolo en verso contradictorio al son de dos guitarras. La dificultad principal para ambos vates consiste en la prontitud inmediata de la redargución, en el deber tan forzoso casi siempre de versificar sobre materia alusiva a la expuesta por el contendor, y en la necesidad de ecñirse al consonante del último verso de aquel que es para ambos regularmente un cuarteto”.

Los cuatro renglones que hace el verso de la cifra, los dos primeros preparan los dos segundos que es lo que el cantor quiere expresar.

Por ejemplo:

Madre mia de Luján  
Prestad tus cinco sentidos  
Para que pueda cantar  
Y dar gustos a mis amigos

Aquella disparatada invocación a la Virgen es dicha buscando este resultado:

Para que pueda cantar  
Y dar gusto a mis amigos

El segundo renglón prepárale el consonante al cuarto, que es el objetivo del cantor.

Por eso los dos primeros renglones de la cuarteta, no tienen importancia alguna; no se observan; todos esperan el resultado, el desenlace, que son los últimos dos.

Con este método se facilita mucho la improvisación por que se economiza esfuerzo de ingenio.

Cuando se *crucan dos toros* generalmente ninguno de los dos *payadores* toca la guitarra, con esto se deja más libre al cantor y puede contraerse por completo al ejercicio intelectual, sin que ningún inconveniente material obstaculice la emisión de su palabra, ni la concepción de su idea.

Siendo los cantores de fama y facundia, la lucha se prolonga horas y horas; entonces los guitarreros se relevan.

Cuenta la tradición que Santos Vega cantó con el Diablo, y que durante tres días con sus noches no se debilitó la lucha. Al fin Santos Vega venció, por eso se conserva esta copla:

Yo soy José <sup>(24)</sup> Santos Vega  
El cantor y el payador,  
El que cantó con el Diablo  
Y en todo lo aventajó.

---

(24) HILARIO ASCASUBI llama también José a Santos Vega.

A este Santos Vega se le atribuye el sistema de las preguntas y respuestas en la cifra; pues viéndose tan acosado por el Diablo que se le presentó en figura de negro <sup>(25)</sup>, apeló a las preguntas; se conservan entre otras muchas, estas <sup>(26)</sup>:

Vení para acá moreno  
Una pregunta te haré,  
Cuantos pelos tiene un perro  
Acabado de nacer <sup>(27)</sup>.

---

<sup>(25)</sup> Para VENTURA R. LYNCH (*Opus cit.*) Santos Vega payó también con un negro que era el "*mesmo diablo en persona*".

<sup>(26)</sup> Las preguntas son similares a las de la payada chilena entre don Javier de la Rosa con el mulato Taguada, versos conocidísimos en el folklore del país trasandino. El argumento de este encuentro presenta características similares al de la popular leyenda de Santos Vega, hecho que nos hablaría de una misma raíz, de indudable origen hispánico. Por otro lado, en varias regiones de América circulan historias de cantores vencidos por el diablo, luego de un encuentro que duraba dos o tres días. En un trabajo que tenemos en preparación analizamos detenidamente todas las versiones de la leyenda, demostrando, sin lugar a ninguna duda, la irrealidad de Santos Vega, individuo que ciertos autores quieren hacer aparecer como una figura real. (Cfr.: A. ACEVEDO HERNÁNDEZ, *Los cantores populares chilenos*, Editorial Nascimento, Santiago de Chile, 1933); DESIDERIO LIZANA D., *Como se canta la poesía popular*, Santiago de Chile, Imprenta Universitaria, 1912).

<sup>(27)</sup> En la payada entre Javier de la Rosa y el mulato Taguada so dice:

TAGUADA

Mi don Javier de la Rosa  
por lo roondo de un cerro,  
agora de ha de decir  
cuantos pelos tiene un perro.

D. JAVIER

Había de saber Taguada  
por lo derecho de un uso  
si no se le ha *quido* ni uno  
tendrá los que Dios le puso.

Cfr.: A. ACEVEDO HERNÁNDEZ, *Los cantores populares chilenos*, Editorial Nascimento, Santiago de Chile 1933.

La payada entre el negro y Santos Vega —como así también la realizada entre Taguada y don Javier de la Rosa— son similares en algunos elementos de su estructura a la de Martín Fierro y el moreno. En el folklore americano son comunes los encuentros de este tipo entre blancos y personas de color. Por esa razón creemos que el tema de la payada de Hernández, como así algunos de sus versos —trataremos de demostrarlo en otra ocasión— han sido tomados del folklore. No sería difícil, por otro lado, que el autor haya identificado al protagonista de su poema épico con la figura de Santos Vega.

En Brasil son clásicos los desafíos poéticos entre negros y blancos.

A la que el negro contestó:

Ya que la pregunta me ha hecho  
La respuesta le daré,  
Si ninguno se le ha caído  
Todos los ha de tener.

Se comprende que la respuesta es tan capciosa como la pregunta. Santos Vega no se desconcertó y le volvió a preguntar:

Vení para acá moreno  
Te haré una pregunta boba,  
Con cuantos granos de maíz  
Se hace una mazamorra.

Y el negro contestó inmediatamente:

Ya que la pregunta me hace  
La respuesta le he de dar;  
En estando la olla llena  
Ya está la cuenta cabal.

Al ver Santos Vega un negro tan advertido, sospecha fuera *alma de la otra vida* que lo venía a tentar; esta sospecha lo llevó hasta encontrar la verdad y como para espantar al *malo*, le dijo:

Vení para acá moreno  
Que te quiero preguntar,  
¿Cuantos pasos dió la Virgen  
Para subir al altar?

El mandinga se retorció, pero al punto dió esta respuesta:

Ya que la pregunta me hace  
La respuesta le he de dar,  
Como la alzarón en andas  
No se pudieron contar.

---

Leonardo Mota en *Violciros do arte* (EDISON CARNEIRO, *Antologia do negro brasileiro*, Editore Globo, Rio de Janeiro, 1950, págs. 246 y 247) recoge algunos versos sobre el tema, similares a los conocidos en nuestro país.

Comprendió al fin Santos Vega que se las tenía que ver con el mismo demonio y, apurando los argumentos de iglesia, por ver si reventaba, volvió a preguntarle:

Vení para acá moreno  
Revolcao en la ceniza,  
Que te quiero preguntar  
Lo que contiene la misa.

El diablo retorciéndose más y más, contestó sin embargo:

La misa contiene mucho;  
Rezarla con devoción,  
Rezar los siete misterios  
De la sagrada pasión.

Y después de cambiarse unas cuantas preguntas y respuestas más, se oyó como a modo de cañonazo [una fuerte explosión] y el rancho quedó con insoportable olor a azufre, por lo que todos se convencieron que el *mesmo* diablo cojo, había sido vencido por el ya desde entonces inmortal Santos Vega (28).

Estamos ciertos que si este famoso *payador* muere en la época presente, le erigen una estatua; pero murió cuando del valor, del talento, del patriotismo y de la honradez, no se hacían glorias inmortales; pues todos y cada uno cumplía con su deber sin que estas cualidades, obligaciones en el hombre, fuesen títulos bastantes para declarar GRANDE HOMBRE a quien las poseía.

Sólo en épocas de decadencia moral, la sociedad endiosa a los que considera honrados.

---

(28) Afirma VENTURA R. LYNCH (*Opus oit.*) que Santos Vega vence al moreno "habiendo entrado en un tema religioso". Lo mismo ocurre con otras versiones de la leyenda que circulan en Venezuela y Chile.



## VII

### LAS CARRERAS

El *oscuro golondrina* de don Juan Rodríguez tenía carrera depositada contra el *mano mora*; así fué que en la pulpería del *Arrollo Chico* estaba el gauchaje de *palo a pique*. “El Verano”, “La Piedra”, “El Rincón”, “La Fortuna”, todas esas conocidas estancias habían quedado sin gente; todos habían *caído* a las *carreras grandes*. Verdad también que los *fletes* eran de méritos y *morruda* la parada.

El golondrina corría *tiro*; se le había rebenquiado sesenta cuerdas y llegado fresco a la raya; no se sabía lo que *daba*. No era ligero pero era corredor *como arroyo*; un tezón sacaba y con ese llegaba. En todas las carreras, su contrario salía *quebrándose en la boca*, pero allá a las veinte o treinta, el *golondrina le daba la muerte*.

El *mano mora* era animal nuevo, no de *camino* pero *sin hiel en el campo*. Era animal de echar por delante una punta de avestruces, y al chirlo, estar haciendo gambetear al macho.

Los partidarios del *mano mora* se aseguraban que la *llavaban en robo*. Que de por juerza tenía que salir aliviado y con la ventaja que sacara, con ésa había de llegar a la raya. Su corredor aseguraba que lo había de aventar tan lejos al *golondrina*, que había de calentar agua y tomar mate con los rayeros, y recién el oscuro viejo llegaría mosquiando.

A más, agregaba el corredor, la llevo sobre cotejo, he rebenquiado al *mano mora* con el picazo que corrió con el *golondrina* y lo he tirado por los elementos desde el vamos; y ya se sabe que el picazo se la alegró al oscuro hasta las treinta y la perdió porque se *acisnó* el corredor, pues cuando se le puso al maslo, cambió el rebenque pá entrarle púe el lao contrario, entonces el del *golondrina* se le cruzó y lo sacó juera de la cancha, se le afirmó con la bruja y lo dejó trabao; y así mesmo la ganó el *golondrina* por dos cuerpos de caballo.

A más, el picazo se había soltado la noche antes y tenía la panza como noque; que si el picazo hubiera estado siquiera sin pastiar, aseguro que ni hubiera habido que ver, pues ni podía empezar hubiera tenido.

Por su parte los del *golondrina* eran de parecer que el tiro lo mataba al *mano-mora*; que podía ganar en las cuarentas que era la primera raya, pero que a las sesenta, término de la apuesta, el oscuro tenía que pegarle en el mate. Por que el *golondrina* con la juria que salía había de llegar; y al *mano-mora* si lo apuraban desde la salida, podía levantarlo y que corriese arrollado, el oscuro, por juerza tenía que darle la muerte antes de las veinte; y agregaban: y si nos saca a cuatro cuerpo podrá venirnos espiondo, lo vendremos atropellando cerca acerca [sic] haciéndolo trabajar, hasta que en una de esas entremos; y entonces, ni con perros!

Estas opiniones estimulaban a los jugadores, que después de apostar plata y prendas ponían animales, caballos ensillados con chapiaos; y había gaucho que, de puro fantástico, apostó el rebozo de su china, contra el flete apurado de algún otro taur (29).

No se oía más que el grito de las paradas y el ruido de las *rastras*, estribos, espuelas y facones que se *refalaban* para depositar en poder del pulpero u otro vecino de confianza.

Mientras tanto la gente iba cayendo hasta con caballo

---

(29) El gaucho siempre fue entusiasta de los juegos, especialmente cuando podía apostar en ellos su dinero. Anota el viajero italiano PAOLO MANTEGAZZA en sus *Cartas médicas sobre la América meridional* (Universidad Nacional del Tucumán, Buenos Aires 1949, pág. 32), refiriéndose a esta costumbre:

“Una de las diversiones predilectas de los argentinos es la *carrera* o corrida de caballos, en la que generalmente sólo toman parte dos jinetes, recorriendo sin silla el espacio de 300 o 400 metros. Cuando corren muchos caballos, la carrera se llama *muchile*. A las patas de un *paréjero* se juegan sumas enormes, y no es raro ver un gaucho rico que, después de perder todo el dinero que llevaba consigo, los adornos de plata y hasta su mismo caballo, regresa a su casa de a pie, lo que constituye el extremo oprobio de la pobreza. He visto una vez un capitán, exaltado por las emociones de una carrera, jugar diez mil francos primero, después una extensión de tierra y, por último, un rebaño de algunos millares de ovejas”.

de tiro, pues fué carrera muy mentada; se corrió la noticia por el Azul, Tandil, Dolores, Montes Grandes, Moro, Tamanguiyú, Quequen, Cristiano, en fin, esos partidos de la Lobería, Mar Chiquita, Laguna de los Padres, Tuyú, Tordillo, etc. quedaron como invadidos; todos despoblados.

El mujererío llegaba por carretadas y el machaje por euadrillas.

Felizmente don Juan Rodríguez, dueño del negocio y del *golondrina*, había preparado de modo que nada faltase a la comodidad de la concurrencia.

Esos días antes, le llegó surtido, y había hecho bastante pan y tortas; a más tenía una pila de bolsas de *pan de música*; un cajón de *gutifarras*, salchichón, saldinas, pasas, queso, bastante vino, caña, *jiñeбра* y en fin, todo aquello que el gaucho consume en esas fiestas.

También para en caso de apuro, había hecho charquiar una res gorda y otra tenía recién muerta, bajo de llave, en el cuarto de los aperos.

Después no se escusó don Juan de tener en reserva para los vecinos, una abundante mesa, preparada en la trastienda y abastecida con un güen costillar, un hervido, un guiso y otros platos criollos pero no menos suculentos.

Tenia encargadas a dos personas que preparacen, para las noches, una carpeta, pues la coima es lo que da verdadera utilidad a la casa, y había calculado todo tan habilmente, como para escusarse sin violencia de aquellos jugadores, ya desplumaos, que ocurren al pulpero a pedirle dinero con ganancias, o a que le den sobre prendas.

Y éste es el punto negro, de esa clase de reuniones.

Si el pulpero no es *trajinao*, lo dejan a migajas de un cariño y en procura de un halago, pues le sacan cuanto peso ha entrado en caja.

Uno que porque es amigo le pide mil o dos mil pesos, pues anda en la mala y va buscando *relance*; otro le trae a empeñar un par de espuelas por quinientos pesos, por ejem-

plo, a sacarlas por seiscientos al otro día al entrarse el sol, pues anda cortao y va a ver si se arma.

Y de esta manera el pulpero se encuentra sin un peso, habiendo pelado los estantes.

La habilidad del hombre está en escusarse de largar pesos y en evitar disgustos con la concurrencia, para esto pone a extraños que corran con la coima y deja a su dependiente que, a trastienda cerrada, haga, por entre la reja o alguna ventana, la venta por la noche.

Que viene uno de esos *pelaos* a pedir plata al pulpero, el dependiente o los coimeros se escusan con que el patrón no está, o está durmiendo y no se le puede despertar por que está enfermo, etc. y de este modo todo se concilia.

Cuando la reunión promete; es decir, que la concurrencia trae dinero, el dueño de casa trata de proporcionarle todas las comodidades posibles, a fin de sostenerla.

Para el efecto les da carne, yerba y alojamiento; esto no tanto, pues el gaucho por *gordo* que sea, no tiene otra cama que el recado y éste lo lleva consigo a lomo de su caballo; en cuanto al abrigo, sólo que llueva mucho, busca el amparo de los mojinetes o alero del rancho, pues de no, el palenque, corral o campo libre, es su habitual aposento. Que no le falte el *churrasco*, el *cimarrón* y el *naco*, y que su apero y caballo esté seguro, que lo demás son gollerías que las escusa.

Hay reuniones de esas que duran semanas y hasta meses; y generalmente el gaucho no se retira sino cuando ha perdido hasta el modo de andar.

Mientras tenga *de que ver un peso*, ha de dar vuelta a la carpeta, como el perro a la paja cuando quiere alzar la pata.

Y si es el *ray* y quiere retirarse, llena la maleta de tortas, pasas, y otras golosinas pá los muchachos, sean propios o de la casa donde trabaja o *para*, yerba, azúcar, en fin los

vicios, o algún reboso o vestido para recompensar a la que le cuida la ropa sin *interés ninguno*; de esta suerte el pulpero está siempre a las ganancias pues participa de las utilidades de la carpeta, jugada de taba o cancha.

Ya cuando los *gordos o platuños* se van yendo y va quedando el *sabalaje*, entonces se principia el asedio, a escasear todo, hasta el agua, a fin que la necesidad obligue al *desplumao* a dejar la pulpería.

Como la humanidad es igual en todas partes, en las grandes capitales como en el desierto, el que no tiene dinero es considerado como *carona bajera*.

Mientras tuvo dinero, el pulpero lo trató de *don*; cuando lo sintió *cortao*, apenas le decía *ño*.

Tanto hostiliza al *ño* como agasajaba al *don*.

El mismo hombre, aquel que entró a la *ramada de la esquina*, arrogante, preguntando a todos qué gustaban tomar, cuando está sin medio ni cosa que lo valga, se manifiesta tímido, desconfiado y anda con la vista gacha, refregándose en las paredes, recostándose en el marco de la puerta y sentándose en cuclilla a ver las jugadas.

Aquello estaba *como misa cantada*, según decía el rengo Ramón, decididor de refranes y chupador de *arriba*.

Desde la diez de la mañana no había en el contorno de la casa *donde atar una perdiz a sogá*.

El corral de la hacienda, el de *agarrar caballos*; el palenque grande y el de las tamberas, todo estaba negriando con la caballada de la concurrencia.

Aun los ranchos de por ahí cerca, estaban rodeados de fletes forasteros; fuera de los de *rienda arriba*, que éstos estaban como clavaos puro jugarle rodaja al de copas.

Los amigos del pulpero habían desensillao y guardaos sus aperos en un cuarto, bajo de llave.

Los que tenían algunas prendas y cacharpas buenas, las llevaban a que don Juan se las guardase abajo del mostrador, pues no juera el diablo que se calentasen y las pusieran

a una carta, o alguno medio ligero pá las maletas ajenas, le pegase malón <sup>(30)</sup>; según se expresaban sus dueños.

Es necesario que el gaucho sea del *arbol la hoja*, para que descuide sus prendas y deje al palo su caballo.

Lo primero que mira el gaucho cuando va a parar en las casas, es el campo para su tropilla o montao; después el colgadero por ver si hay carne.

Es muy general que el gaucho duerma a campo con tal de que sus caballos tengan buen pasto. El gaucho luce en sus fletes. Es una excelente recomendación para el *paisano* que sea esmerado en su tropilla; que junte de un pelo y los tenga bien arrocinados. Que al grito se rodeen contra la yegua y al *chifiido* vuelvan como por sobre el lazo; que cuanto lo corten, se quede el flete como clavao y al arriarlos se hagan ovillo al lao de la madrina. Se puede asegurar que al *hombre trabajador* se le juzga por su tropilla.

En otra ocasión hablaremos detenidamente sobre este tema, cuando la oportunidad se ligue al asunto; por ahora estamos en unas carreras y es preciso seguir todas las peripecias del juego.

Una vez que los caballos fueron asgurados y las prendas y *cacharpas* guardadas, cada gaucho se entregó a su libre albedrío.

La *mañanita* la emplearon en *tomar la mañana* <sup>(31)</sup>. En esa época y por aquellos pagos, el surtido de bebidas no era muy variado; caña, aguardiente, jiñebra, vino carlón, seco y blanco, y sin embargo, no por eso se dejaban de agarrar peludos <sup>(32)</sup> de la cola.

A poco, cuando algunas cabezas principiaban a templarse, no faltó quien gritase:

—Pulpero, alcance la guitarra. Vaya amigo Pedro, hánganos sentir.

---

<sup>(30)</sup> *Le pegase malón*: se las robase.

<sup>(31)</sup> *Tomar la mañana*: Pasar la mañana en la pulpería tomando algunas copas.

<sup>(32)</sup> *Peludo*: borrachera.

El instrumento suena y el entusiasmo crece; el cantor entona y los vasos con bebida se multiplican.

Los que andaban por el patio *van cayendo* a la ramada, y aquel pequeño recinto no puede contener tanta gente.

La *despedida* anuncia la conclusión de la décima y el favorecido pide un cajón de cohetes que hace estallar dentro la misma pulpería, en medio de las piernas de los concurrentes que apenas excusan que uno que otro cohete no les queme el calzoncillo.

De pronto todos remolinean y escapan o se trepan sobre los bancos, tercios de yerba o pilas de cuero, cuyo depósito es común sea en la ramada de la esquina.

Es que el agraciado en la *despedida*, el que hizo llenar los vasos y prender cohetes, entra a la pulpería montado en su flete que se espanta y tiembla al oír el estruendo y sentir reventar los cohetes en medio de sus patas.

Sin embargo, obedece al rebenque y espuela de su dueño y va a atravesarse frente a la reja del mostrador estancose quieto mientras el jinete pide y se empina un vaso de bebida, después de lo cual sale para dejar el caballo rienda arriba frente a la puerta.

El animal, por arisco que sea, cuando el gaucho, ebrio ya se estrella contra él, lo abraza de las patas y se pasa por debajo, se encoje y tiembla, pero no ofende intencionalmente al atrevido que de ese modo desafía sus bríos.

Eso de hacer entrar a la ramada de la pulpería al redomón, a pisar las gruesas de cohetes que con estruendo estallan, importa un acto de fantasía; quiere el gaucho significar la consideración que le dispensa el pulpero y lo bien domado de su flete, que no siendo de freno aún, ya lo guía, apenas con el *bocao*, donde su capricho lo desee; también quiere demostrar el *paisano*, que tiene plata o crédito a más de *conocencia* con el dueño de casa; pobre, desacreditado y extraño, no se le hubiera consentido que su caballo pisara ni el patio.

Los estómagos irritados o languidecidos por el alcohol,

desean repletarse con algo sólido y los gauchos dejan de tomar bebida blanca y piden pan, tortas, *gutifarras*, *chichalos*, sardinas u otros artículos comestibles.

Se almuerza, después dan principio con el vino como antes lo había sido con caña y aguardiente.

En fin, pretexto para chupar; pues como decía el renco Ramón: *siendo cosa que mame aunque sea un ternero* (33).

No faltan en estas reuniones uno o dos de esos bufones que chupan, comen y *engordan* de arriba, cantando, bailando, haciendo gracias o desempeñando comisiones que son retribuidas generosamente. Por ejemplo, uno que *está en la güena* le manda calentar una pava de agua, sebar un amargo, hacer un churrasco, cuidar el caballo, etc.; por supuesto; *a cada espiada*, allá va un diez o un veinte.

Pero sucede que el regalado es vicioso, como generalmente lo son estos *golleros*, y así como recibe ya lo hace cantar pá el carnero a las patas de una sota, o al rcvés de la suerte de una taba; es así que siempre anda *por Dios que me la has de pagar*.

Una vez bebida y almorzada la gente, ya principia a hacerse grupos al reparo de los árboles, en los corredores, bajo el alero de los ranchos, en los mojinetes de las casas y aun debajo de las carretas, con permiso de sus dueños. Eso sí, es preciso que el gaucho esté *pasao* o que tenga *mala bebida*, para que falte el respeto a las personas superiores a él; salvo que uno que otro sinvergüenza y camorrero que nunca faltan en las reuniones grandes y que vienen espresamente a ver si *pueden armarse*, a lo indio, pegando malón.

Uno de éstos, era por aquel entonces, el viejo Baigorria; *no pegaba pá abajo el poncho*, como decía el decidor del renco, pero chupaba... de arriba no lleva golpe.

---

(33) Sobre esta costumbre de los gauchos rioplatenses véase lo que hemos dicho, de acuerdo a menciones documentales del siglo XVIII, en nuestro trabajo *La primitiva poesía gauchesca anterior a Bartolomé Hidalgo*, Buenos Aires 1958, pág. 13.



Un día hizo una jugada, que por bien caracterizar al tipo, la vamos a referir:

Se *partía* una carrera interesada; ya estaban en las *largadoras*; los corredores *convidándose güelta a güelta*; por supuesto, la gente estaba *con el ojo al cristo* por verla rebenquear. El viejo Baigorria estaba *aguaitando* <sup>(34)</sup> desde la puerta de la esquina; en una de esas pega un grito.

—Ya largaron y juntos vienen!

Naturalmente, toda la gente de la ramada se precipitó al patio; hasta el pulpero corrió por la trastienda; la ramada quedó sola; eso lo había calculado Baigorria, pues entró precipitadamente y se empinó los vasos del mostrador; caña, aguardiente, vinos; todo se precipitó en ese avariento estómago.

Después salió tranquilamente por la otra puerta, pero aún tragando el último buche, diciendo:

—Partida largadora no más había sido.

Vuelto los dueños de los vasos, al encontrarlos vacíos, al momento comprendieron la jugada de Baigorria, que la celebraron mucho.

Desde entonces; cuando alguno mesturaba bebidas o empinaba de un golpe, se decía:

—A lo Baigorria.

Era un gusto el ver como la gente se había dividido en las jugadas.

En la ramada de la carne, estaban cuatro gauchos sentados sobre caronas y una gruesa matra les servía de carpeta; jugaban al truco. El santiagueño Lascano y el tape Bartolo, los habían *agarrado como a hijos, a zapatos bayo* y a *bigotes blancos*; y con ser que éstos no eran *hijos de vaca lechera*; pero los otros se las habían *largado envenenada* y *güelta a güelta* se sacaban el *macho viejo*, una *jardínera*, o las *treinta y tres bravas*. Por supuesto, me los llevaba arriando.

---

(34) *Aguaitando*: esperar con expectación.

Pero bien dice que al zonzo codearlo es atormentarlo, pues el inglés Tomas, que estaba espiando de a juera, les estaba bichando el barajo y les hacía señas; pues ni por ésas. *Se había calentao la china Dominga* y con una sota les echaron un *retruco* y le aguantaban un *vale cuatro*, o les *querían la falta con un cuatro*.

Bien dicen que el hombre cuando se calienta, es como *bagual fuerte*. Era como *pá que vieran los ciegos*, y sin embargo; *no costaban pá enredarse*. Y si no hubiera sido por el indio Badia, hasta ahora los estarían dejando en malas. Los otros los habían *agarrao el juego*, pues hasta con barajas recién compradas no los dejaban ni *pisar en los estribos*. Conforme *relanceaban*, ya estaba *bordoneada*; aún que juera de *ala de mosca*.

Hacia un lado de la casa estaba un grupo *tirando al güeso*. Arbolito los estaba *repuntando*. Si la tiraba a clavar, como *con la mano!*; cuanto pasaba la raya la dejaba clavada. Así era que cuando gritaba; ¡a su salud caballeros! ya corría el viejo Baigorria y traía la pala, pues le dijo la dejaba como *majon esquinero*; si la tiraba corrida, cuanto se daba vuelta quedaba amacándose como álamo chiquito.

Bien decía el Blandito que debía haber estado en Salamanca. Así fué que a poco andar les *paró rodeo*. Pero otra era la *mácula*; la tenía cargada, y se vino a descubrir porque al dejar la jugada, hizo como que tiró la taba al yuyal, y se la guardó en el seno; que así como fué el de la espiada el muchacho de *ño Santos*, hubiera sido *potrillo blanco*, le hace largar lo que había comido pues no era *criao en las casas*. Pero Arbolito lo malició y le untó al muchacho con un diez.

Bajo un sauce estaba *tallando gato rabón*; la banca le iba creciendo y *pala asada* lo estaba espiando para coparle; pero no se le animaba y jugaba de ajuera. Hasta que en una de esas salió jugando un caballo y un cuatro; *pala asada* pidió gallo; salió un rey y una sota.

—Ahora sí caballeros, dijo: *copo en todas juera he puertaa*; y puso un rollo (35) a la sota. Tire nomás amigo.

El tallador dió vuelta el naipe.

—Párese amigo, dijo el copador; voy más de ajuera a mi carta.

Nadie respondió.

El banquero corrió carta.

—Haga favor, no tire, repitió *pata asada*; doble contra sencillo a que gano *tras cartón*.

Nadie tosió.

—¡Oiganlé los taures; como no tucen!

—¿Tiro? preguntó *gato rabón*.

—Tire y pague; respondió *pata asada*.

Así fué; cuanto peló, estaba la sota cantando.

Por supuesto; fué una espia y el banquero la tuvo que aguantar nomás.

*Pata asada jué el ray*.

Nadie quiso apuntarle y se levantó la jugada. Verdad también que era la una de la tarde y los caballos iban a traerlos a la cancha.

Los dueños estaban nombrando rayeros y veedores. A estos les leían el convenio. La carrera había sido ajustada de este modo:

Corredores de cinco y libras, a cargar hasta media arroba.

Tiro sesenta cuerdas. Viniendo por donde vinieran, pasando por delante de los rayeros, era carrera. El que no largara a la tercera largadora, perdía el depósito. A largar en el día.

La parada era de *veinte mil pesos* y el depósito la mitad. En aquel tiempo veinte mil pesos era como ahora cien mil.

Pero afuera de la parada se había jugado un dineral. Dinero, prendas, animales, caballos ensillados; en fin, el que más y el que menos jugó hasta de fiado. Nadie daba usura, pero se jugaba duro por derecho.

Las bases del contrato eran sencillas; por que no se pre-

---

(35) *Rollo a la sota*: gran cantidad de dinero jugado a la sota.

cisa más en carrera de tiro; hai gana el que tiene mejor caballo; no así en tiro corto, donde corren más los jinetes que los caballos.

Entonces una carrera era un tejido de cábulas. Se partía hasta tres días, sino había estipulación *por papel* <sup>(36)</sup>. Se entraban los caballos a la cancha a las dos de la tarde y sino se habían convenido hasta entrarse el sol, se sacaban para volver a entrarlos al otro día; si al segundo se repetía lo mismo, entonces al tercero se nombraban veedores los que observaban quien fué el que convidó al entrarse el sol, y sinó largaban, ganaba el que convidó más veces en los tres partidos largadores.

Luego hay aquello que saliendo cuatro varas fuera de la cancha no es carrera. Que si pasaban por detrás de los rayeros tampoco lo era. Que el que hiciese *mal juego* la perdía aunque llegase punteando. Que todando [sic] en ganancia ni se ganaba ni perdía. Que a la oreja era puesta.

Y luego el tiempo que se perdía para arreglar una carrera. Que corredores de tal peso; que el lado; el tiro; la apuesta; el depósito; que si no se larga así se pierde o gana. Luego las balacas de los tramposos.

—Que se la vuelvo a hacer redoblando la parada si me da el lado, o el tiro, o me lo larga puntiendo.

—Que le doy lo que me pide, pero si la corre en tal o cual cancha, o si conciente que fulano me lo corra.

Y con estas cosas pasaban horas enteras y jamás arrivaban a un buen arreglo. De aqui las alegaciones y a veces las peleas. Por eso los hombres leales no querian cuidar animal de poco tiro.

El maestro Lopez tenía preferencia por caballos que al salto llegasen a la raya. El *zapo* corría dos cuadras a partir de afuera. El *panadero* corría tres a partir de ellas. Sucedia entonces que siempre estaba variando y nunca corría. Y era fantástico como lleno de ardiles. Sus caballos los tenia llenos

---

(36) *Por papel*: por escrito.

de recortes y de cintas. Parecían voladores y eran como zapos maniados.

De ahí que por aparentar y charlar de carreras, el maestro Lopez se costeaba a todas partes con sus parejeros de tiro.

Los pretendía de número y tan mentados, que hasta los disfrazaba tusándole la cola y paseándolos con arganas o haciéndolo sensillar con apero de cantor y montar por muchachos. Su gusto era que los desconfiencen y le pidieran la media arroba. Era lo único que aspiraba porque le proporcionaba ocasión de charlar y no correr y volver a la cocina de su casa a jactarse de que a sus caballos nadie les corría, que todos se los reservaban.

Y para darse ese tonto placer, madrugaba a los *matungos* <sup>(37)</sup>; los hacía caminar con cincha ancha, trotar en la estaca; variar y hasta cotejar con este y aquel orillero, para sacar disparatadas consecuencias.

Era el más fuerte carrerista de boca. Sabía todas las arrencas del juego; no hablaba de otra cosa y se expresaba con el más amplio y concluido lenguaje de carreras. Después de una corrida, era cosa de costearse para oír al maestro Lopez relatar las peripecias de la fiesta.

Pero será asunto que dejaremos para el capítulo que viene, pues este escrito, toma demasiada extensión.

Pues como íbamos diciendo, el maestro López, era el tipo acabado del carrerista charlatán. Ponia una pava entre las piernas; un mate en la mano y un cigarro en la boca, se enorquetaba en un banco de media vara de alto, y *largaba la sin güeso*.

Desde la primera hasta la última carrera, la refería con los menores detalles; y de un modo u otro, hacía que la conversación rolase sobre sus caballos que en *cencia y concencia*, consideraba los mejores que pisaban las canchas desde el *Arro- llo Chico* hasta la *Puerta del Diablo*.

---

<sup>(37)</sup> *Matungo*; usado por caballo, despectivamente. Se emplea también para denominar al caballo de mala traza. (Cfr.: TOBIAS GARZÓN, *Diccionario argentino*, Barcelona 1910).

—Ño Vallejo me le quizo correr al *sapo*, decía; ya le había *bajo los cueros*, cuando se echó atrás. A la cuenta, creyendo que iba a aflojar, como sabe que el *sapo* no pasa de las tres, me desafió tres a partir de ajuera; yo le daba el tiro con tal me diera el lao, pues mi *sapo* castiga con la derecha; le di también parada con tal que juésemos a saltar y saltar pues calculé que él y yo, por ahí nomás habíamos de andar. Se le hizo güeno el partido y volteamos los quillangos; ya habíamos nombraos rayeros y veedores pues íbamos a partida señalada; y cuando di güelta el tirador pá hacer la parada y depósito, salió con que su caballo no castigaba con la izquierda; que se travaba y miraba al campo; de suerte que no nos arreglamos y entonces agarré y me juí pá lo ño Fulgencio que me había convidado pá una con cuero. Cuando ladió el sol caí otra vez a la cancha; pero que; al ñudo va esa plata; cuanto conocían mi caballo decían: a ése no le corro, mirá, los del maestro Lopez; los tiene limaos y de yapa que son al chirlo como viento; solo que me de lao y los saque del tiro. Por supuesto, que así, cuándo; sólo que juera hijo de ña *bruta*; rebenquear los caballos y regalarles la plata. De suerte que los mante a las casas sin hacerles sonar la verija. Ya tengo ganas de largarlos o dejarlos pá andar, porque lo que es correr, se me hace imposible.

Y aquí daba una chupada al mate, una humeada al pucho, salivaba por el colmillo, y continuaba:

—La carrera que estuvo güena la del *rabicano* con el *clinas blancas*. La peliaron todo el tiro; cuanto le aflojaban el rebenque a uno, puntiaba el otro; ¡Bien haiga pingos parejos! ¡Si venían como tabla! Al llegar a la raya el *rabicano* se le refaló a la tabla del pescuezo; pero el del *clinas blancas* se la redobló pá el otro Domingo.

*Diai* corrió el *ruano* de ño Remijio, con el *pampa* de ño Agapito. Jueron a dar *güelta y largar*. Salieron palo y palo; y la vinieron machetiando como hasta las ocho; entonces se cortó a luz el *pampa*; pero el *ruano* no le daba alee; ahí nomás lo traiba el maslo, en cada atropellada le entraba como

a medio costillar pero el corredor del *pampa* lo tapaba; y así nomas lo traiba espindo hasta que en una de esas le entró como a matarlo y se agarraron lonja y lonja y llegaron a la raya jeta con jeta. El del *ruano* la quiso hacer pero en más tiro, por la plata que hicieran los del *pampa*. Pero estos no quisieron por que tenían que dir a los apartes. †

Trujieron un potrillo platiao que desafiaron sin reservar pelo ni marca. Qué animal de güena laya. De encuentro cerrao, largo de ranillas; medio coreobao y tranco largo; tenía toda la calidad pá tiro largo. Y pá mejor daba tiro, lao, y plata, y con todo, naides le todió; a la cuenta había de ser algún reservao en su pago, y caiba por acá al picholeo; pero andezó a la mas grueso y todos se le hicieron a un lao; yo me le hubiese animao con el *panadero*, pero al ver que todos me le sacaban el cuerpo, le dí agua y lo largué a pastiar.

Algunas veces se entusiasmaba tanto el maestro Lopez en sus relatos, que se le hacía cierto y con los dedos de las manos simulaba los caballos, para explicar como cosa viva; los hacía salir juntos; *díai* rebenquiaba el banco en que estaba sentado, después volvía a alzar las manos e igualaba los dedos; los hacía pechar; doblarse, *puntiar* a éste y *entrarle* al otro; los echaba juera de la cancha; los traía otra vez al camino y los hacía orillar y de cuando en cuando le pegaba al banco dos tre, y apareaba los dedos, hasta que al fin llegaba a la raya simulando en su respiración, la fatiga que le suponía a los caballos. Pero sucedía que le era indispensable referir la carrera de algún animal nuevo que al sentir la lonja se agachaba a gritos; ahí estaba el maestro Lopez corcobiando como el redomón, con la cabeza clavada y relinchando de puro malo.

El que sólo lo oyese, se le ocurriría que algún potro escapado había ganado la cocina y estaba desensillándose a corcobos en medio de los baldes, pavas, bancos y azadores.

Después de esta referencia indispensable para acentuar ciertos tipos en los que se ramifica el gaicho, volvamos a la carrera del *oscuro golondrina* y el *mano mora*.

—A la romana! gritó don Juan Rodríguez. Es la una.

—No se aflija tanto para ganar, los caballos están desde esta mañana en la punta del tiro y los corredores en un galope se ponen allá. Como no hemos de partir, tiempo hay de sobra para que les hagamos a los *matungos* sonar las verijas.

—Aunque así sea, pero el contrato dice que los caballos entrarán a la cancha a las dos y largarán hasta la entrada del sol.

—Qué pucha, últimamente; se lo voy a ganar sin rebenque a ese *golondrina* mentao; con un pañuelo lo voy a hacer castigar. Vea si la llevaré en robo; aquí tiene el pañuelo con que lo voy a tapar y el bozal de cintas con que lo haré pasar por la cancha después que le quite la menta a ese oscuro maula.

—Bueno amigo; ya que la lleva tan a la fija, pongámosle a las patas de los pingos un cinco mil más.

—Amalaya tuviera; como sabe que ando *cortao* por eso me *desafia*.

—Qué se yo, acaso ando en su tirador? Vaya; de fiao le juego; endurezca, maula.

—Eso le había de gustar que yo me empeñare pá decir después: le di *a la fia* al del *mano mora*. No se crea; no soy de esos. A mi me ha de ganar la plata, pero no la *pacencia*.

—No amigo, no le he dicho con mal fin, se que es buen pagador y hoy o mañana ha de cumplir.

Pucha que la lleva en robo; mire que naidas debe cantar victoria aunque en el estribo esté, pues muchos por fantásticos se suelen quedar de a pié.

—Si es Ud. el que vino como haciéndome miedo, pero a mi no porque a mi cuando.

—Ah don Juan, siempre jaranista!

—Bueno pues; que todo quede en nada. Echemos a la romana a los corredores y que se vayan de una vez.

—Por mi parte, cuando guste; aquí está el mío.

—Che; mírenlo al *lunanco*; ¡con que te ponés en contra?

—Dende que se juegue la plata y no la amistad. El po-



bre tiene que buscarse la vida de todos modos, no robando ni matando.

—Me has muerto con un papel de a quince. Haber cirzate el cinchón... así... ponete el rebenque... bueno... ahora echate a muerto... superior. Cinco y veinte; ahí las tiene cantando.

—Bueno. Caray con el indio que ha engordado!

—Y me va a embromar; el mío va a tener que cargar lo menos diez libras.

—Le pone un cinturón de argollas y ya está.

—Eso había de querer. Medio maliciando, hice hacer una faja con munición. No vé que las argollas se aflojan y le vienen castigando por los riñones al corredor y con la munición, no.

—En todo es advertido. No puede negar que es pueblero.

—Pero de la esquina de la yegua.

—¡Oh! *diciái* son los piores; puro no me corte que soy del pago.

—Dejá de cantar *silguero* <sup>(38)</sup> no me estés atormentando... *Ladeo!* vení a la romana; ahora verá mi corredor; nadie dará un sabadura de yerba, pero no hay que fiarse en animales mansos.

Este palabreo es una costumbre entre los que *juegan la plata y no la amistad*; pues con estas bromas, dichas con esa verbosidad prodigiosa del gaucho o de quien lo imita, se pasa el tiempo mientras se prepara lo concerniente a la carrera. Don Juan Rodríguez no era hombre de campo, pero establecido en él muchos años há, había tomado sus hábitos para el caso como el presente, en que tuviese que tratar íntimamente con el gaucho, quien se complace de encontrar un *pueblerito trajinao*, y a quien, por este motivo, concede lo que no haría con esos fátuos que miran y tratan al *paisano* como un ser infinitamente inferior a ellos.

---

(38) *Silguero*: jilguero. Se emplean las dos palabras para denominar a esta ave.

De esto vienen esas desgracias que se lamentan entre las familias de las ciudades, cuando algunos de sus miembros mueren apuñaleados por el gaucho.

Este tiene una excesiva dignidad de carácter; no consiente que impunemente se le ultraje, y cuando no puede vengar su agravio en el instante de la ofensa, concentra su rencor y espera paciente la hora oportuna para ejercer su venganza.

Presentes estábamos cuando el cordobés *Chiquillo* hirió al señor Sáenz Valiente, en el arroyo del Palo.

El señor siendo Juez de Paz, destinó a *chiquillo* a las tropas; *chiquillo* cumplió su tiempo de servicio, volvió a la libertad de los campos pero siempre tenía presente la injusticia, según él, cometida en su persona por el *Juez Valiente*.

Supo que un señor de ese apellido había llegado a un rancho inmediato; montó a caballo y fuése a su encuentro.

—¿Usted es don Pedro Sáenz Valiente?

—Si amigo; que se le ofrece?

Uno ni otro recordaba su fisonomía; ¡hacía tanto tiempo del hecho!

—Pues yo soy *Chiquillo*; aquel que Ud. destinó a las filas; juré vengarme y a matarlo vengo.

Y sin darle tiempo a que Don Pedro sacase su revólver de la vaina de cuero, lo acometió bruscamente corriéndolo alrededor del rancho, e infiriéndole heridas de filo con un enorme cuchillo; fué felizmente salvado por un gaucho que, parándose en la puerta del rancho, dentro del cual se había refugiado el herido, le dijo:

—Bueno amigo, ya está vengado; ese hombre está lastimado.

—Pero quiero matarlo.

—Eso lo hará cuando pase por sobre de mi cuerpo.

*Chiquillo* envainó su cuchillo, montó a caballo y se fué a su rancho donde poseía una punta de vacas y una tropilla corta de caballos. Y de estos ejemplos podríamos citar muchos.

Si a un peón no le gusta el trabajo, llámeselo, páguele el tiempo que lo ha tenido a su servicio, pero no lo insulte.

—No me *madrée*, señor, dice el gaucho; sinó le gusta mi trabajo, deme las cuentas, pero no me insulte.

Una vez dichas estas palabras, hay que ponerse en guardia, pues el gaucho está dispuesto a todo.

Se nos estremecía el corazón de dolor, al ver con la humildad que unos marineros hamburgueses cruzabanse de brazos, mientras que el piloto o contraмаestre, azotaba sus espaldas con un duro cabo.

¡Ah! decíamos; un gaucho no sufre esta afrenta. Nuestros hombres de campo tienen la dignidad del hombre libre. La humanidad no está, en nuestros pueblos, tan humillada. Nuestras costumbres de América, son mas dignas.

Al llamado de don Juan Rodríguez, vino el corredor de su famoso *oscuro golondrina* y se colgó de la romana, lo mismo que lo hizo su contrario el del *mamo mora*; esto es: cruzarse un *cinchón* por las corbas y cintura, engancharse de la romana y echarse *a muerto* llevando a cuesta todo lo que le era indispensable sobre el lomo del parjero.

La tendencia de todo corredor es aumentarse el peso en la romana, para desbaliarse de él antes de saltar a caballo.

Algunos ocultan municiones, u otro objeto pesado; otros *aguantan el resuello* pues se les figura que así el cuerpo aumenta de peso, y otros repletan el estómago para ir desocupándolo por medio de las funciones naturales del organismo.

Es que la diferencia de peso de uno a otro corredor, importa una notable ventaja. De aquí viene ese dicho entre los gauchos carreristas: con la media arroba se le corre al diablo. De ahí la vigilancia en el acto de pesar los corredores.

El *hacer cargar*, también se considera ventaja, pues el que lleva un peso extraño no deja de ir molestado con 6, 8 o 10 libras de munición o argollas en forma de cinto alrededor de la cintura.

Por ejemplo, como le acontecía al corredor del oscuro que, pesando tan sólo, cinco y cinco, tuvo que echarse a cuesta quince libras.

—Si este había sido una pitada de cigarro; pura espuma como el chajá; dijo don Juan al cantar el peso de su corredor.

—Tomá, agregó; ponete de chiripá esta manta pampa, pesa ocho libras, así no tiene más que cargar siete, que te las acomodaré en munición.

Todo esto se decía y se hacía bajo la severa vigilancia del contrario.

—Ahora, amigo, continúa don Juan dirigiéndose al dueño del *mano mora*; vamos a entregar la parada a los rayeros y a enterarnos bien en las condiciones de la carrera.

Así fué; se les llamó a los hombres y se les dijo:

—Caballeros; aquí está la parada; veinte mil pesos; el depósito diez mil; es a largar en el día; y el que no largue pierde el depósito; y para mejor inteligencia, ahí tienen el contrario de la carrera.

A la cancha todo el mundo! grita un aficionado.

Don Juan después de haber entregado el dinero a los rayeros, salió al patio donde el gauchaje remolineaba esperando que los corredores fuesen en busca de los caballos, seña evidente de que *había carrera*; ¡caballeros! dijo don Juan; el que quiera jugar al *mano mora*, puede decir no más la cantidad; pago *derecho y sujeto al depósito*.

—Vaya amigo Rodríguez, dijo el *rubio* Zubiaurre; juguemos los ensillaos; quiero dirme o dejarlo de a pié.

—Está bueno amigo don Benjamin, le haré el gusto; pero que sea *montando a caballo plata perdida*.

—Como guste amigo; ahí está mi bayo viejo con *cueros* y todo.

—Pero mi mala cara no está con chapiao.

—No importa, así nomás me gusta la parada.

—Bueno entonces; ya está dicho. Vaya caballero; continuó don Juan alzando el tono; no se mueran de antojo; voy a mi caballo.

—Le jugaré una puntita de vacas amigo Rodríguez, díjole don Plácido Figueroa.

—Lo que guste amigo. ¿Cuántas son?

—Es un rodeito de tamberas; serán como cincuenta todo lo que camina.

—Le pago amigo; sujeto al depósito. ¿No hay otro que quiera jugar? No se me queden con ganas; no digan después que no han ganado por que no había plata.

—Voy la *mano mora* este par de estribos.

—También es plata; le pago. ¿En cuanto los juega?

—Por lo que los tase el teniente.

—Convenido. ¿Algún otro quiere jugar algo? Aprovechen; miren que me voy a la partida y en la cancha no juego.

En fin; después de hacer varias paradas más, don Juan montó a caballo, *agarró y se jué* para la punta de la cancha. Le había dicho a su corredor que partiese al paso, trote y galope corto, para que medio se *armase* el oscuro, hasta que él llegase.

Tras del dueño del *golondrina*, salió la chorrera de curiosos o interesados.

La ramada de la esquina quedó sola, tanto, que hasta el pulpero pudo salir hasta el borde de la zanja y *vichar* <sup>(39)</sup> hacia por donde los caballos debían venir.

El resto del guchaje y aún el mujererío, se habían estendido en dos líneas dejando la cancha en medio.

Sólo los que buscaban u ofrecían paradas, se cruzaban de uno y otro lado gritando la apuesta que pedían o daban.

Nadie usaba usura, pero siempre se jugaba derecho.

A pesar de la fama adquirida por el *golondrina* en muchas carreras ganadas, el *mano mora* tenía sin embargo bastantes partidarios.

---

<sup>(39)</sup> *Vichar*: espiar, mirar, otear. Para DANIEL GRANADA (*Opus cit.*) es *bichear*: “Espiar, observar a escondidas lo que pasa en un sitio cualquiera. Seguir los pasos y observar los movimientos de una expedición o persona, agachándose, serpenteando por entre el pasto y ocultándose detrás de las matas, como acostumbran hacerlo los indios”.

HILARIO ASCASUBI en *Santos Vega*, escribe:  
De ahí, Tolosa en calzoncillos  
y con la cabeza atada  
salió a darle una *vichada*  
al campo y vido al potrillo  
del cantor en la cañada.

Como a la hora se vieron venir grupos de gente en dirección a la punta de la cancha, seña evidente que ya estaban por largar.

Efectivamente, el maestro López se había adelantado calculando ser objeto de la curiosidad de los que a la distancia esperaban. Y así fué; de uno y otro lado lo confundían a preguntas sobre el estado de los caballos.

—¿Qué tal salen, maestro?

—¿Quién puntea?

—¿Cuál de los dos suda?

—¿A cuál está la plata?

El maestro contestaba por su orden:

—El *mano mora* se dispara.

—Sale quebrándose en la boca el *mano mora*.

—El *golondrina* está sudando detrás de las orejas.

—Hay apuestas a los dos.

Pero detenía su caballo donde había mas interesados y consideraba de esta manera lo que debía resultar de la carrera.

Naturalmente; *mano mora* tiene que salir por juerza; es más ligero en la rompida; a más; el *golondrina* no sale del galopón pero en ese les da la muerte a sus contrarios. De siguro el *mano mora* se le escapa como hasta los treinta o cuarenta si sale muy alivio, pero a la larga tiene que mosquiar.

En eso ya se advertía que la punta de la cancha quedaba sin gente; y allá, como a las cuarenta de la raya, la gente remolineaba; todo indicaba que ya iban a largar.

Todos interrogaban anhelantes el trayecto de la cancha, cuando se vió venir un jinete a todo escape que gritaba:

—Ya largaron; no reservo plata, voy al *mano mora*!

Efectivamente, después de diez partidas al trote, cinco al galope y tres largadoras, los corredores habían *bajao las lonjas*, no tanto para animar a sus parejeros, cuanto para dar oficialmente la seña de largada; porque, una vez que la palabra *vamos* dicha por ambos corredores, ha sido justificada

por la acción que se le imprime al rebenque azotando los hijares del caballo, la carrera ya está largada y los veedores o rayeros, son los encargados de dilucidarla en caso diera lugar a dudas.

Como lo había asegurado el maestro López y fué calculado hasta por el mismo dueño del *golondrina*, al *chirlo*, el *mano mora* se cortó como a ocho *cuerpos de caballo*.

El corredor del oscuro, no se afligió, por que en las muchas veces que había hecho correr al *golondrina*, la misma cosa le había acontecido.

Dejaba no más, que el contrario se fuese arrollado, aun esperándolo; el tiro era largo y el sabía donde debía atropellarlo.

Por su parte el oscuro iba con la cabeza clavada y haciendo sonar la nariz; de cuando en cuando alzaba la cabeza, daba dos o tres cabezadas como jugando con el freno y volvía a bajarla y continuar con su invariable galopar.

La concurrencia que se había extendido a lo largo de la cancha esperando la pasada de los parejeros, formaba grupos y seguía a los caballos en carrera. Estos grupos se aumentaban y disminuían con la gente que se les agregaba o la que quedaba por la fatiga de sus caballos.

Tras del *mano mora* y *golondrina* sólo quedaban rezagados. Habíase recorrido diez cuadras y el *mano mora* lo llevaba *hay no mas*, al oscuro.

El corredor del *golondrina* se dejaba ir; contaba con su caballo en cualquier *evento*; sabía que han de atropellarse, había de entrar. Comprendía que el *mano mora* trabajaba mucho, pues los gritos de los que seguían y el tropel de los caballos, lo hacían alborotar. El animal era nuevo y brioso y se iba gastando. El dueño así lo advertía, pero no podía evitar la causa que llevaba a su caballo tan sobre sí.

No cesaban de jugar en medio de la algazara y de la carrera. Como es de práctica, cada corredor tiene una señal especial para indicarle al dueño del caballo o a sus muy adie-

tos, si *tiene caballo para ganar*, o al menos si lo siente bien; y estas señas son las que previenen a los que juegan.

A pesar de ir en las 15 cuadras y venir muy atrás el *golondrina*, su corredor sacaba de trecho en trecho un pañuelo y se secaba el sudor; entonces los parciales llamaban paradas.

Enfrentan a las 20 y el *mano mora* iba siempre *al freno*, aunque cubierto de espuma por tanto sudar.

Sin embargo el *golondrina* alzaba la cabeza de trecho en trecho y barajaba el freno. Por su parte el corredor lo acariciaba por la tabla del pescuezo con la sotera doblada del rebenque.

Las paradas se cruzaban; cada vez mas fuertes pues la excitación aumentaba en relación a la distancia que recorrían. Los del *mano mora* principiaban a reir maliciosamente; algunos mas entusiasmados, proferían palabras ofensivas a los del *golondrina*.

De aquí nacieron amenazas que hubiesen traído peleas, si el estímulo de seguir el curso de la carrera, no les hubiese prohibido *bolear el cuarto y pelar los flamencos* (40).

Por otra parte esto hasta cierto punto es admitido; no se toman esos dichos como ofensas personales, sino simplemente como términos del juego y de circunstancias. Mientras tanto los caballos seguían corriendo conservando mas o menos la distancia que sacaron desde el vamos.

Allá como a las treinta, el oscuro principió a hacerle *tropelladas al mano mora*, pero éste, apenas le aflojaban y lo animaba el corredor con el cuerpo, volvía a despuntarlo al *golondrina*.

Pero apesar de esto, el del oscuro seguía secándose el sudor y el del *mano mora*, rascándose la oreja izquierda.

Los dos corredores tenían fé en sus respectivos caballos. Aquellos que estaban en antecedentes, observaban que el

---

(40) *Pelar los flamencos*: sacar los cuchillos. Cfr.: MARIO A. LÓPEZ OSORRIO, *Esgrima criolla*, El Ateneo, Buenos Aires 1942.



*golondrina* hacía las atropelladas medio *malcorneo* y que al ponerse a *cuerpo de caballo*, recién los del *mano mora* se engreñan y llamaban paradas *gordas* y los del *golondrina* se atropellaban por agarrarlas.

¿Qué había de ser? que el corredor del oscuro lo tanteaba al contrario, y viendo que tenía caballo para pasarlo donde quisiera, lo dejaba salir para que jugasen los contrarios.

A la verdad, a las cuarenta el *mano mora* principió a largar el pescuezo y ya no se asustaba ni de los gritos ni del tropel; mientras que su contrario seguía barajando el freno y haciendo sonar la coscoja.

Las paradas disminuían a medida que la raya se aproximaba, no porque los del oscuro cesasen de llamar, sino porque los del *mano mora* guardaban un desalentador silencio.

Cuando don Juan Rodríguez advirtió que tres o cuatro pañuelos blancos se agitaron en el aire, partió a escape desde la raya donde se había estacionado, alcanzando a los caballos como a las 50 cuadras de la partida y, dirigiéndose en tono enérgico al corredor del oscuro le dijo:

—Castigue y páselo a ese maula.

Y como si sólo esta voz hubiese querido oír el *golondrina*, antes que el corredor lo *chirliase*, ya estaba al *maslo* de su contrario, después al *cuarto*, después a *medio costillar*; a la *paleta*; a la *tabla del pescuezo*, al *fiador*, a la *oreja* y de ahí se *resfaló* como de *contra un palo*. Miró el corredor del *golondrina* para atrás y díjole a su contrario:

—*Aura* ni con perros...

Y se arrolló dejándose ir.

Por supuesto; el *mano mora* que venía mosquiando y cruzándoseles las patas, no tenía ni *atropellada*, y allá, como a la cuadra antes de llegar a la raya, el corredor lo sujetó, lo sacó fuera de la cancha, le sacó el freno y lo hizo tomar resuello.

Por su parte el *golondrina* pasó la raya barajando el freno y haciendo sonar la nariz, mientras sus parciales festejaban la victoria con alaridos más propios de indios.

La carrera había sido ganada en toda ley; no hubo ni

que alegar; así lo reconocieron los del *mano mora* y todos los que a las *patas* de este caballo habían jugado, pagando sus apuestas con el mayor desprendimiento.

Apenas el corredor del *golondrina* *bolcó el cuarto*, se acercó don Juan Rodríguez a su caballo, le saeó el freno, le puso un bozalito trezado pero sencillo y lo hizo pasear por la cancha, repitiendo, de puro jaranista:

—No hay caballo más guapo ni más lindo que mi *golondrina*.

Por supuesto, los que estaban con sangre en el ojo o caientes con el ardor de la marca, le contestaban a don Juan:

—Qué guapo ha de ser esa maula; le corro por la plata que me *nuembre*, pá el Domingo que viene. Vaya; endurezca; no sea balaquador.

Naturalmente esto era dicho bajo la impresión del bol-sillo pelado o el amor propio resentido por efecto de la pérdida; don Juan no era hombre de aprovecharse.

Muchas personas buscan estos momentos de excitación para cazar a los duros de boca y les hacen carreras en *robo*.

Después los que se dejan clavar, reaccionan, y como ya no pueden echarse atrás pierden el depósito.

Al barullo de los comentarios sobre la carrera, sucedió un silencio significativo; los que habían perdido ajustaban sus paradas y los vencedores recibían las apuestas con reconcentrado júbilo, pues excusaban de *mortificar los sentimientos* de los que sumisos entregaban su dinero o prendas que lo valiese.

En eso llegó el rubio Zubiaurre, con el caballo ensillado, de la rienda, y le dijo a don Juan:

—Vaya amigo Rodríguez, aquí tiene su prenda; e hizo acción de poner las riendas en manos del vencedor.

—No amigo don Benjamín; qué esperanza, lleve nomás su caballo; cómo va a quedar de a pié.

—No amigo, eso no; me ha ganao; aquí tiene lo que es suyo.

—Pero más bien me lo mandará después.

—Yo acostumbro a pagar donde pierdo.

—Si pero yo no soy hombre de dejar a pié a nadie y menos estando en mi casa.

—Haga lo que guste, pero yo no llevo mi caballo. Che, dijo dirijiéndose a un conocido, traime un mancarrón.

Le trajeron, así nomás, en pelos, apenas con un pedazo de sogá al pescuezo pues el que lo hizo no sabía las intenciones del rubio acérrimo.

Tomó el mancarrón; le puso riendas de la misma sogá y saltándolo de brinco, le dijo a don Juan que en silencio lo observaba comprendiendo la intención, pero impotente para hacerle cambiar de idea.

—Con que amigo Rodríguez, será hasta otro día que güelva a correr el *golondrina*, pá que me gane el montao otra vez.

Y cacheteó al mancarrón haciéndole tomar la dirección que deseaba desapareciendo a poco detrás de un totoral.

Este rasgo es muy común entre los que se jactan de buenos pagadores; es la exajeración de una buena cualidad pero en don Benjamin Zubiaurre, era puro fantasía puesto que, por su fortuna y reconocidos antecedentes, nadie le exigiría quedase a pié para satisfacer una deuda.

Naturalmente esto fué muy celebrado y el nombre del rubio Zubiaurre fué con este nuevo hecho, de su caracter ex-céntrico, realizado en la consideración del gauchaje.

—¡Así me gusta un gaicho, que no pida alafia!

—¡Buen cerrero lindo!

—¡Bien haiga la que lo echó al mundo!

Y de estas exclamaciones hubo un ciento; todas significando el mérito de la acción.

El gaicho es desprendido, quizá demasiado, causa por la que siempre anda a *migajas de un cariño y en procura de un halago*.

Aquella fiesta estaba concluída.

Después de la carrera grande, se depositaron unas y se *apalabrarón* otras, para correrlas al otro día.

Esa tarde la concluyeron comentando unos, la corrida

entre el *mano mora* y el *golondrina*; el maestro López paraba rodeo donde quiera; otros fueron a *tirar el güeso*; otros a *mirar pá abajo* y otros a cantar, chupar y embromar al pulpero.

Esa noche fué de carpetas, donde se podía sostener un candil ardiendo, allí había una banca. En la trastienda sólo estaban los *gordos*; para ellos era el mate que el viejo Baignorria cebaba y los *churrascos* que preparaba.

Estas escenas se sucedieron por algunos días y noches, hasta que la esquina <sup>(41)</sup> mentada del "Arroyo chico" recobró su quietud.

Don Juan Rodríguez por las dudas, de cuando en cuando, le hacía dar sus galopes a su famoso *golondrina*.

RICARDO RODRIGUEZ MOLAS

Conde 1536, Buenos Aires

---

(41) *Esquina*: desde el siglo XVII esquina era sinónimo de pulpería en Buenos Aires.